

Z

ZACARÍAS ABEC (D.^{na} ANA PAULA).

891.—Décimas que escribió Doña Ana Paula Zacharías Abec, hermana del Author, en alabanza suya, apoyando al mismo tiempo la elección de Mecenas en el señor Marqués de Gandul.

Mi poética centella...

Oracion poética, que escribió, y dixo Don Domingo Maximo Zacharias Abec, estudiante en el Real colegio del Señor San Hermenegildo de Sevilla, y en ella Presidente electo de una Academia poética, título de la gran Madre, y Señor San Luis Gonzaga, quien la dedica reverente al nobilissimo Señor Don Miguel de Jauregui Leyba y Guzman, Marques de Gandul, señor de Marchenilla.—Impressa en Sevilla, este año de 1726.

18 hojas en 4.^o, más dos de prels.

ZALDÍVAR Y ALBAINA (D.^{na} MARÍA DE)

892.—Soneto á la Virgen.

Halla á su Dios con más logrado anhelo...

Certamen poetico de Nuestra Señora de Cogullada... Publicalo el Licenciado Iuan

de Iribarren i Plaza.—En Zaragoza, en el Hospital Real i General de Nuestra Señora de Gracia. Año MDCXLÍV.

Pág. 145.

ZAMUDIO (D.^{na} CATALINA).

893.—Soneto en alabanza de Vicente Espinel:

El que con tierna voz del reino oscuro
templó el furor y suspendió el tormento...

Diversas Rimas de Vicente Espinel Beneficiado de las Iglesias de Ronda, con el Arte Poética, y algunas Odas de Oracio, traducidas en verso Castellano. Dirigidas a Don Antonio Alvarez de Veamonte y Toledo, Duque de Alva y Huesca, Condestable de Navarra.—En Madrid, por Luis Sánchez. Año M.D.XCI.

A Lope de Vega en elogio de *La hermosa de Angelica*, décimas:

Para dar luces más puras...

Reproducida en el tomo II de las *Obras sueltas* de Lope de Vega. Edición de Sancha.

D. Juan Zamudio presentó una composición poética en las *Fiestas que hizo la insig*

ne Ciudad de Valladolid, con Poesías y Sermones en la Beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesus. Por Don Manuel de los Ríos Ilevia Ceron.—En Valladolid, en casa de Francisco Abarca de Angulo. Año de 1615.

ZAPATA (LUISA).

894.—Soneto á Santa Teresa:

La diestra el celestial esposo dando
á su esposa dulcísima Teresa,
que aquel favor merece le confiesa
su honra de su celo confiando.

Un clavo duro envuelto en amor blando
por sus tiernas entrañas atraviesa,
donde dexando su hermosura impresa
la fué con este clavo figurando...

Retrato de las fiestas que á la Beatificación de la Bienaventurada Virgen y Madre Santa Teresa de Jesus, hizo la Imperial Ciudad de Zaragoza. Por Luys Diez de Aux.—En Zaragoza, por Iuan de la Naja y Quartanet. 1615.

También se publicó en el *Compendio de las solenes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N. B. M. Teresa de Jesus. Por Fray Diego de San Joseph.*—Madrid, año 1615.

Parte II, fol. 43.

ZAVALETA (SOR JOAQUINA MARÍA DE).

Copia de la carta que la M. R. M. Joachina María de Zavaleta, Abadesa del Monasterio de San Phelipe de Jesus y Pobres Capuchinas de esta Imperial ciudad de Mexico, escribe á las M. RR. MM. Preladas de los demás Monasterios, dándoles noticia de las heroicas virtudes, y dichosa muerte de la M. R. M. Agustina Nicolasa María de los Dolores Muñoz y Sandoval, Abadesa, que fue, tercera vez, en el referido Monasterio.—

En la Imprenta nueva de la Bibliotheca Mexicana, año de 1755.

38 págs. en 4.º, más 5 hojas á la conclusión.

Bibl. Nac.—Sección de Varios. Fernando VI. Paquetes en 4.º Núm. 49.

ZAYAS (D.^a INÉS DE).

Hermana, según parece, de D.^a María de de Zayas.

895.—Canción á San Isidro:

Hoy que Isidro, Gregorio soberano,
en el cielo recibe
donde sagrado vive,
la beatitud dichosa de tu mano...

Relacion de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y Patron San Isidro, con las comedias que se representaron y los versos que en la Iusta poetica se escribieron. Dirigida á la misma villa por Lope de Vega Carpio.—En Madrid, año de 1622.

ZAYAS Y SOTOMAYOR

(D.^a MARÍA DE).

Casi en absoluto se desconoce la biografía de esta insigne novelista. El mismo Alvarez Baena que con tanta diligencia buscó noticias de los hijos de Madrid, no pudo precisar el año en que nació D.^a María de Zayas, ni quienes fueron sus padres; solamente llegó á conjeturar que acaso fuera hija de D. Fernando de Zayas y Sotomayor, caballero del hábito de Santiago, nacido en el año 1566.

Una de las mayores dificultades con que he tropezado en mis investigaciones es ser bastante comunes en Madrid y en el siglo XVII el nombre y apellido María de Zayas; una así llamada falleció á 19 de Enero de 1661; otra murió á 26 de Septiembre del año 1669, y en su testamento, otorgado ante Bartolomé

Mazón á 23 de Septiembre de dicho año, se reconoce hija de D. Diego de Zayas y doña Inés de Valdes; era viuda de Pedro de Valcázar y Alarcón; dejó por heredero al Licenciado Alonso Martínez, de la Capilla Real.

A fines del año 1624, D. Francisco Ordóñez de Lara fué procesado por haber dado muerte en Málaga á D. José de Aguirre, y entre los testigos que declararon figura una esclava llamada Fátima cuya dueña era *doña María de Zayas* (1).

No cabe duda de que la novelista fué hija de D. Fernando de Zayas y Sotomayor; según su partida bautismal, existente en la iglesia de San Sebastián, de Madrid fué bautizada á 12 de Septiembre de 1590; su madre se llamaba Catalina de Barrasa.

El capitán D. Fernando de Zayas y Sotomayor nació en Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Sebastián á 9 de Noviembre de 1566. Era hijo de D. Francisco de Zayas, natural de la villa de los Santos de Maimona, junto á Zafra (Extremadura), vecino de Madrid, y de D.^a Luisa de Zayas, madrileña. Sus abuelos paternos, Alonso de Zayas, vecino de Los Santos, si bien nacido en Zafra, é Inés Sánchez, de Los Santos. Abuelos maternos, D. Antonio de Sotomayor y doña Catalina de Zayas, ambos madrileños.

D. Fernando de Zayas tomó el hábito de Santiago en el año 1628; comenzaron las informaciones en virtud de una provisión dada á 18 de Febrero de dicho año y fueron aprobadas á 12 de Mayo. Entre los testigos que declararon figura Gil González Dávila (2).

(1) *Por Don Francisco Ordóñez de Lara y Alonso de Contreras Lozano. En el pleyto con Doña Eluira de Aguirre.*—Impr. s. l. n. a.

11 hojas en folio.

Bib. Nac.—*Papeles Varios*. C. 100, núm. 40.

(2) Archivo Histórico Nacional. *Pruebas de los Caballeros de Santiago*, leg. 768, núm. 119.

Más adelante fué nombrado corregidor de la encomienda de Jerez de los Caballeros, perteneciente á la Orden de Santiago, á 6 de Agosto de 1638; sucedió en tal cargo á don Antonio de Pazos y Figueroa. Ocupó la encomienda después de D. Fernando, D. Lorenzo Fernández de Villavicencio, por título expedido en Zaragoza á 5 de Noviembre de 1642 (1).

Que D.^a María de Zayas residió en Madrid, si no toda, la mayor parte de su vida, es cosa indiscutible, como también que tuvo estrecha amistad con la poetisa D.^a Ana Caro Mallén de Soto. El hecho de haberse publicado sus novelas en Zaragoza inclina á sospechar que viviese algunos años en esta ciudad. No he podido averiguar con toda certeza si fué ó no casada, y el año en que murió, pues tengo alguna sospecha de que los documentos publicados á continuación no se refieran á la desenvuelta prosista del siglo xvii.

De ella escribe Montalbán (*Para todos*) (2):

Décima musa de nuestro siglo, ha escrito á los certámenes con grande acierto; tiene acabada una comedia de excelentes coplas, y un libro para dar á la estampa, en prosa y verso, de ocho novelas ejemplares.

Lope de Vega dice en su *Laurel* (Silva viii):

¡Oh dulces Hipocrénides hermosas!
los espinos Pangeos
aprisa desnudad, y de las rosas
tejed ricas guirnaldas y trofeos
á la inmortal doña María de Zayas,
que sin pasar á Lesbos ni á las playas
del vasto mar Egeo
que hoy llora el negro velo de Teseo,
á Safo gozará Mitilenea
quien ver milagros de mujer desea;
porque su ingenio vivamente claro

(1) *Gobiernos de Santiago*; ms. del siglo xvii; folio 5 vuelto.

(Bib. Nac. Dd. 171.)

(2) Pág. 13 del *Índice de los ingenios de Madrid*.

es tan único y raro,
que ella sola pudiera
no solo pretender la verde rama
para sola ser sol de tu ribera
y tú por ella conseguir más fama
que Nápoles por Claudia, por Cornelia
la sacra Roma, y Tebas por Targelia.

Partida bautismal de Doña María de Zayas.

«*María de Çayas.* — En doce dias del mes de Septiembre de mill y quinientos y nobenta años, yo el bachiller Altamirano, theniente de cura, bapticé á María, hija de don Fernando de Çayas y de doña María de Barasa su muger. Padrinos don Diego de Santoyo y doña Juana de Cardona su müger; testigos Bernabé Gonzalez y Alonso García.—*Altamirano.*»

(Madrid. Parroquia de San Sebastian. Libro tres de bautismos, folio 213.)

Partida de defunción de Doña María de Zayas.

«Doña María de Çayas, viuda de Juan Valdés, calle del Oliuar, cassas de Laura Grossa, murió en diez y nueve de henero de 1661 años; recibió los santos Sacramentos; testó ante Francisco Zenteno en onze de henero del 661 años; dexó enterró y funeral á voluntad de sus testamentarios que son Bartolomé de Zaragoza y Laura Grossa, [en] dichas cassas; dió de fábrica dos ducados.»

(Parroquia de San Sebastian de Madrid, libro 11 de difuntos, folio 253.)

Poder para cobrar, dado por D.^a María de Zayas á Bartolomé de Zaragoza.

En 11 de Enero de 1661 años. Sepáse por esta carta de poder como yo, Doña María de Zayas, viuda de Juan de Valdés, vecina desta villa de Madrid, otorgo por esta presente carta que doy todo mi poder cumplido, el que de derecho se requiere y es necesario y mas puede y deve valer, á Bartolome de Çaragoça, *maestro de acer cuetes*, vecino desta villa, para que en mi nombre y para mi misma, representando mi propia persona, pueda hauer, recibir y cobrar todos los mrs. que se me deuieren, así por obligaciones, cédulas, conocimientos, clausulas y legados de testamentos, ú en otra qualquiera forma que me sean deuídos por

qualesquiera personas, y en especial para que cobre de los herederos de Doña Magdalena de Ulloa, Marquesa de Malagon, ú de las personas que lo deuan pagar, todos los mrs. que se me estuvieren deuiendo del legado y manda del real y medio en cada un dia que me mandó la dicha señora por todos los dias de mi vida, ajustando la cuenta de lo que se me resta deuiendo conforme á las ultimas cartas de pago que tengo dadas, cobrando el dicho alcance de todo lo corrido y que corriere adelante por todos los dias de mi vida, y de todas las cantidades que recibiere y cobrare de todas las personas que me estuvieren deuiendo cantidades de mrs. pueda dar y otorgar en mi nombre carta ó cartas de pago, finiquitos y lastos á los que pagaren como fiadores de otros, que las cartas de pago que diere y otorgare en mi nombre el dicho Bartolome de Çaragoça desde luego las apruebo y ratifico y he por buenas como si yo las diera y otorgara y al otorgamiento dellas fuera presente..... Le doy este dicho poder generalmente, ansimismo para en todos mis pleytos y causas ciuiles y criminales, mobidos y por mober, ansi demandando como defendiendo, ecepto las demandas nuebas que se me pusieren, las quales se me han de notificar personalmente, sin que el dicho Bartolomé de Zaragoza pueda responder á ellas sin especial poder mio..... Fue fecho y otorgado en la villa de Madrid á once dias del mes de Henero de mil y seis-cientos y sesenta y uno, siendo testigos Francisco Romero, Roque de Fuentes, y Francisco de Herrera, vezinos y estantes en esta dicha villa, y la otorgante á quien yo el presente escribano doy fee que conozco; la qual dijo que aunque savía escribir, por la grave enfermedad que tenia y tener algo turbada la vista, rogó á un testigo lo firmase por ella.—A ruego y por testigo, *Francisco Romero.*— Pasó ante mí, *Francisco Zenteno.*

Testamento de Doña María de Çayas, viuda de Joan de Baldés.

En 11 de Henero de 1661 años. Sepan quantos esta carta de testamento y última y postrera voluntad vieren, como yo doña María de Çayas, biuda de Juan de Baldés, vecina y natural de esta villa de Madrid, estando en la cama enferma de la enfermedad que Dios nuestro Señor a sido servido de me dar, pero en mi sano juicio y entendimiento natural y creyendo como firmemente creo el misterio de la Santísima Trinidad, que es Padre y Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo

Dios verdadero, y tomando como tomò por mi abogada á la Santísima Madre de Dios concebida sin pecado original, ago y hordenò mi testamento en la forma y manera siguiente.

Primeramente encomiendo mi alma á Dios nuestro Señor que la criò y redimiò por su preciosísima sangre; y el cuerpo á la tierra, de donde fuè formado.

Item, mando que el día que Dios nuestro Señor fuere servido de me llevar desta presente vida, mi cuerpo sea sepultado en la parroquia de San Sebastián desta villa, donde al presente soy parroquiano; en la sepultura y sitio que mis testamentarios dijeren y concertaren, y lo que costare se pague de mis bienes.

Item; mando que el entierro que se me hiciera sea la voluntad de mis testamentarios y el coste se pague de mis bienes.

Item, mando que el día de mi entierro, si fuese ora de misa, y si no es otro día siguiente, se me diga una misa de cuerpo presente con diacono y subdiacono, bñllia y responso sobre mi sepultura, y se pague la limosna de mis bienes.

Item, mando se me digan por mi alma y de la de mi marido, padres y parientes y personas que tengo cargo y obligacion, las misas reçadas que á mis testamentarios les pareciere y se paguen de mis bienes.

Item, digo y declaro que doña Madalena de Ulloa Marquesa de Malagon, mi señora, por el testamento con que murió me mandò en cada un dia durante los de mi vida, real y medio, y de todo lo corrido se estan deviendo cinco años poco más ó menos, al respecto del dicho real y medio cada dia, y para su ajustamiento se firmò á las cartas de pago; mando mis testamentarios lo ajusten y cobren lo que se me deviere.

Item, ansimismo declaro que la dicha Condesa (sic) y sus herederos, ademas de la cláusula de arriba, por quenta ajustada me están deviendo cien ducados; mando ansimesmo lo cobren mis testamentarios.

Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandas y legados en él contenidos, dejo y nombro por mis albaceas y testamentarios cumplidores y pagadores á Bartolomé de Çaragoça y á Laura Grasa su mujer y á qualquiera de ellos *in solidum*, para que aviendo yo fallecido ehten y tomen todos mis bienes muebles y raices, defectos y acciones; y los vendan y reinaten en pública almoneda ó fuera de ella, y de su precio y valor cumplan y paguen lo contenido en este mi testa-

mento, que para todo ello les doy y á cada uno *in solidum* el poder que de derecho se requiere y es necesario. Y cumplido y pagado todo lo contenido en este mi testamento, en el remanente que quedare de todos mis bienes muebles y raices, derechos y acciones, dejo y nombro en todos ellos por mis herederos universales á los dichos Bartolomé de Çaragoça y Laura Grasa su mujer, para que la lleven y hereden con la bendición de Dios y la mia, y quisiera tener muchos bienes y hacienda que les dejar, por lo mucho que les debo y buenas obras que de ellos he recibido; y les pido y encargo me encomienden á Dios nuestro Señor.

Item, mando á las mandas pias acostumbradas un real á cada una, con que las aparto de mis bienes; y por este mi testamento revoco y anulo otro qualquier testamento ó testamentos, codicillo ó codicillos, ó en otra qualquiera forma que antes deste aya fecho y otorgado, y quiero que no valgan ni agan fee en juicio ni fuera dél, salvo este que al presente ago y otorgo, que quiero que balga por mi testamento y última voluntad; que lo otorgo así ante mí el presente escribano y testigos que fueron llamados y rogados en la villa de Madrid á once días del mes de enero de mil y seiscientos y sesenta y un años, siendo testigos Roque de Fuentes, maestro alfarero, Francisco Romero, Francisco de Herrera, Francisco Blanco y Jusepe de Morales, vecinos y estantes en esta dicha villa, y la otorgante, á quien yo, el escribano, doy fee, conozco, y por no saber firmar, á su ruego lo firmò un testigo.

Y dijo que aunque sabía firmar, la grabedad de su enfermedad no la da lugar para ello, y por su ruego firmò un testigo.—A ruego y por testigo, *Francisco Romero*.—Pasò ante mí, *Francisco Zenteno*.

Sacòse en pliego de á real para el testamentario en siete de Julio de mill y seiscientos y sesenta y dos años, de que doy fee.—*Francisco Zenteno*.

(Archivo de Protocolos de Madrid. Protocolo de Francisco Centeno, año 1661.)

Partida de defuncion de otra D.^a Maria de Zayas.

En 26 de Septiembre [de 1669] murió D.^a Maria Zayas, muger que fuè de Pedro Balcazar y Alarcon, en la calle del Relox, en casa de Don Alonso Martinez, de la Capilla Real, á quien dexa por heredero y testamentario; recuiò los Santos Sacra-

mentos; testó ante Bartolomé Mazon; dexó 300 misas; enterróse en San Martin, núm. 3.

(Archivo parroquial de San Martín, de Madrid, libro XII de defunciones, folio 55.)

896.—Novelas ambrosas, y exemplares, compuestas por Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Con licencia.—En Zaragoza, en el Hospital Real y General de N. Señora de Gracia, año 1637. A costa de Pedro Esquer, Mercader de libros.

8.º marquilla; 380 págs, más 12 hojas de prels.

Port. V.º en bl.—Aprobación del Maestro Joseph de Valdivielso: 2 de Junio de 1636.—Licencia de la autoridad eclesiástica: Madrid 4 de Junio de 1626 (*sic*).—Aprobación y licencia: Zaragoza 6 de Mayo de 1635.—A Doña María de Zayas, el Dr. Joseph Adrian de Angaiz. Décima.—Décimas de D. Alonso de Castillo Solórzano.—Versos de María Caro de Mallén.—Redondillas de Doña Isabel Tintor, natural de Madrid.—Soneto del Doctor Juan Pérez de Montalbán.—Soneto de D. Alonso de Castillo Solórzano.—Soneto de Francisco de Aguirre Vaca.—Décima de D. Alonso Bernardo de Quirós.—Soneto de Diego de Pereira.—Soneto de Doña Ana Inés Victoria de Mires y Arguillur.—Soneto de D. Victorián de Esmir y Casanate.—Al que leyere.—Introducción de este libro.—Texto de las novelas.

897. — Novelas amorosas y exemplares, compuestas por Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. De nuevo correctas, y enmendadas por su misma Autora. En Zaragoza, en el Hospital Real de Nuestra Señora de Gracia. Año de 1638. A costa de Pedro Esquer, mercader de libros.

Un vol. en 8.º de 224 folios; más cuatro hojas de prels.

Port. V.º en bl.—Aprobación del Maestro Joseph de Valdivielso.—Licencia de la autoridad eclesiástica: Madrid 4 de Junio de 1636.—A Doña María de Zayas y Sotomayor, décimas de Doña Ana Caro Mallén de Soto.—Soneto del Dr. Juan Pérez de Montalbán.—Tabla de las novelas.—Texto.

Contiene las siguientes novelas: Aventurarse perdiendo.—La burlada Aminta.—El castigo de la miseria.—El prevenido engañado.—La fuerza del amor.—El desengaño amando.—Al fin se paga todo.—El imposible verídico.—El juez de su causa.—El jardín engañoso.

898.—Parte segunda del sarao, y entretenimiento honesto, de doña María de Zayas Sotomayor.—En Barcelona, en la Emprinta administrada por Sebastian de Cormellas Mercader. Año 1649.

8.º, 256 folios, más ocho hojas de preliminares.

Port.—Aprobación del Maestro Fr. Pío Vives.—Introducción.—La esclava de su amante.—Desengaños de las damas, repartidos en varias *Noches*.

899.—Primera, y segunda parte de las novelas amorosas, y exemplares de Doña María de Zayas y Sotomayor; natural de Madrid. Corregidas, y emendadas en esta última impresión. Dedícanse al Señor Don Vicente Bañuelos y Suazo, del Consejo de su Magestad, Alcalde de su Casa y Corte, &c.—En Madrid: por Joseph Fernandez de Buendía: Año de 1664. A costa de Manuel Meléndez, mercader de libros.

8.º mayor, 247 hojas foliadas, más cuatro de prels.

Port.—A Don Vicente de Bañuelos y Suazo, Manteo de la Bastida.—Aprobación del Maestro Valdivieso.—Licencia.—Censura de D. Juan Francisco Ginovés, á 28 de Octubre de 1646.—Censura del Dr. Juan Francisco Andrés: Zaragoza 11 de Noviembre de 1646.—Licencia: Madrid 7 de Marzo de 1656.—Fe de erratas por el Lic. Murcia de la Llana. Madrid 10 de Octubre de 1659.—Tasa. Tabla de las novelas.

900.—Primera y segunda parte de las novelas amorosas, y exemplares de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Corregidas y enmendadas en esta última im-

presión.—Barcelona: en la Imprenta de Joseph Texidó. Año 1705.

8.º mayor, 494 págs.

Port. V.º en bl.—Aprobación del Maestro Joseph de Valdivieso.—Licencia.—Censura del Doctor Juan Francisco Ginovés.—Censura del Doctor Francisco Andrés, Coronista del Reyno de Aragón.—Tabla de las novelas.—Texto.

901.—Primera y segunda parte de las novelas amorosas, y exemplares de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Corregidas y aumentadas en esta última impresión.—En Madrid, por Manuel Román. Año de 1724.

8.º, 518 págs., más dos hojas de prels.

Port. V.º en bl.—Aprobación del Maestro Joseph de Valdivieso.—Suma de la licencia.—Fe de erratas.—Suma de la tasa.—Tabla de las novelas.—Texto.

902.—Primera, y segunda parte de las novelas amorosas, y exemplares de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Corregidas, y enmendadas en esta última impresión.—En Madrid: A costa de Don Pedro Joseph Alonso y Padilla. Año de 1729.

Dos vol. en 8.º mayor, con numeración seguida; 518 págs., más dos hojas de prels.

Port.—Aprobación del M. José de Valdivieso.—Suma de la licencia.—Fe de erratas.—Tabla de las novelas.

La segunda parte contiene el *Sarao y entretenimiento honesto*.

903.—Primera y segunda parte de las novelas amorosas y exemplares de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Añadido en esta impresión un catalogo de libros de Novelas, Cuentos, Historias, y Casos trágicos para dar noticia á los aficionados. Corregidas y enmendadas en esta última impresión.—En Madrid. A costa de Pedro Joseph Alonso y Padilla. Año de 1734.

8.º m., 518 págs., más 4 hojas de prels.

Port. V.º en bl.—Aprobación del Maestro Joseph de Valdivieso.—Suma de la licencia.—Fe de erratas.—Tasa.—Tabla de las novelas.—Catálogo de libros de Novelas, Cuentos, Historias y Casos rágicos, hecho por D. Pedro Joseph y Padilla.

Contiene: Primera parte.—Aventurarse perdiendo.—La burlada Aminta.—El castigo de la miseria.—El prevenido engañado. La fuerza del Amor.—El desengaño amado. Al fin se paga todo.—El imposible vencido. El juez de su causa.—El jardín engañoso.—Segunda parte.—Desengaños (1.º al 10).

904.—Novelas exemplares y amorosas, de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Primera y segunda parte. Corregidas y enmendadas en esta última Impresion. (Escudo que representa á Mercurio con el caduceo y un libro con esta leyenda: *docta per orbem scripta fero*.—Madrid: En la Imprenta de Don Pedro Marín. Año de 1786.

8.º, 536 pág., más dos hojas de prels.

Port. Tabla de las novelas.—Texto.

905.—Novelas ejemplares y amorosas de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Primera y segunda parte, corregidas y enmendadas en esta última impresión. Madrid. Impr. de la V. de Barco López. 1814.

Un vol. en 4.º

906.—Novelas ejemplares y amorosas de Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. Primera y segunda parte. Paris, Impr. de Fain, 1847.

Un vol. en 8.º

Es el tomo XXXV de la *Colección de los mejores autores españoles*.

907.—El castigo de la miseria.—La fuerza del amor.—El juez de su causa.—Tarde llega el desengaño.

Bibl. de aut. esp. de Rivad. tomo XXXIII; págs. 551 á 581.

La última edición de las novelas de doña María de Zayas es la incluida por D.^a Emilia Pardo Bazán en su *Biblioteca de la mujer*.

908.—Les nouvelles amoureuses et exemplaires, par cette merveille de son siècle, doña María de Zayas y Sotomayor, traduites de l'espagnol par Ant. de Methel.—Paris, chez Guillaume de Luynes, M.DC.LVI.

En 8.^o

Contiene *S'aventurer en perdant* y otras cuatro novelas con paginación distinta cada una.

909.—Nouvelles de Doña María de Zayas. Traduites de l'Espagnol.—A París. En la Boutique de G. Quinet. MDCLXXX.

Cinco vols. en 12.^o

910.—A la muerte del Doctor Juan Pérez de Montalbán.

Romance:

Cúbrase de luto el mundo
pues ya del mundo faltó...

Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta, y teologo insigne Iuan Perez de Montalban... Recogidas i publicadas por Don Pedro Grande de Tena. Madrid, 1639.

Folio 51.

911.—Décimas en elogio de Miguel Botello:

Si cantando á Tisbe, os dió
Apolo su acción gallarda...

Prosas, y versos del Pastor de Clenarda, por Miguel Botello, natural de la ciudad de Viseo.—Madrid, por la viuda de Fernando Correa Montenegro, año M.DC.XXII.

912.—Canción en elogio de Francisco de las Cuevas:

Quisiera, pluma mía,
que de deidad un resplandor tuvieras
para que en este día
á pesar de la invidia te excedieras;
pluma de Homero fueras
que tanto el mundo alaba,

ó aquesta lira maravilla octava.

Dijera de Feniso,
Apolo desta edad, milagro nuevo,
cuanto miro preciso
en su elocuencia y á su genio debo;
mas contigo me atrevo
para que se presuma,
si hay cortedad, que sólo está en la pluma.

De Castilla tesoro
es poco, pues llamarle Fénix puedo;
mas si al celeste coro
no subo su alabanza, corta quedo;
Sol le llamo, y no excedo
la gloria que merece,
pues tanto en sus fortunas resplandece.

Experiencias de amor y fortuna. A Frei Lope Felix de Vega Carpio, por el Licenciado Francisco de las Cuevas.—Madrid, por la viuda de Alonso Martín, año 1626.

913.—Décima al principio de *El Adonis*, compuesto por D. Antonio del Castillo de Larzával.—Salamanca, 1632.

914.—Soneto:

Fué ingrata Dafne y coronóse Apolo...

La fábula de Piramo y Tisbe de Miguel Botello. A Don Francisco y Don Andres Fiesco, caualleros nobilissimos de la Republica de Genoua.—En Madrid, por la viuda de Fernando Correa. Año M.DC.XXI.

915.—Liras:

Sospechoso parece...

Orfeo en lengua castellana. A la decima mysa. Por el Licenciado Juan Perez de Montaluan, natural de Madrid. Año 1624. En Madrid, por la viuda de Alonso Martín.

916.—Soneto á Lope de Vega:

Si mi llanto á mi pluma no estorbara
¡oh! Fénix de la patria, nuevo Apolo...

Fama posthuma á la vida y muerte del Doctor Frey Lope Felix de Vega Carpio. Y elogios panejiricos á la inmortalidad de su nombre... Solicitados por el Doctor Iuan Perez de Montalvan.—Madrid, 1636.

COMEDIA FAMOSA
DE LA
TRAICIÓN EN LA AMISTAD (1)

LOS QUE HABLAN EN ELLA

MARCIA.	GERARDO.
FENISA.	DON JUAN.
BELISA.	LAURO.
LAURA.	LEÓN.
FELIX.	ANTONIO.
LISEO.	FABIO.

JORNADA PRIMERA

Salen MARCIA y FENISA.

Marcia. Vi, como digo, á Liseo
en el Prado el otro día
con más gala que Narciso,
más belleza y gallardía.
Fusa los ojos en mí
y en ellos mismos me invía
aquel veneno que dicen
que se bebe por la vista;
fueron los míos las puertas,
pues con notable osadía
se entró por ellos al alma
sin respetar á sus niñas;
siguióme y supo mi casa,
y por la nobleza mía
apareció el ciego lazo
que solo la muerte quita.
Solicitóme amoroso,
hizo de sus ojos cifras
de las finezas del alma
ya por mil partes pérdida;
yo, Fenisa, enamorada
tanto como agradecida
estimo las de Liseo
más de lo justo.

Fenisa. Me admira,
Marcia, de tu condición.

Marcia. No te admires, sino mira,
Fenisa, que amor es dios,
cuya grandeza ofendida
con mi libre voluntad,
desta suerte me castiga;
ya hizo el alma su empleo,
ya es imposible que viva
sin Liseo, que Liseo
es prenda que el alma estima;
y mientras mi padre asiste,

como ves, en Lombardia,
en esta guerra de amor
he de emplearme atrevida.
Si tu pretendes que crea
que eres verdadera amiga,
no me aconsejes que deje
esta impresa á que me obliga,
no la razón, sino amor.

Fenisa. Mal dices, siendo mi amiga,
poner duda en mi amistad;
mas si á lo cierto te animas,
justo será, Marcia amada,
que temas y no permitas
arrojar al mar de amor
tu mal regida barquilla.
Considera que te pierdes
y á las penas que te obligas
en mar de tantas borrascas,
confusiones y desdichas.
¿Qué piensas sacar de amar
en tiempo que no se mira
ni belleza, ni virtudes;
solo la hacienda se estima?

Marcia. Naide puede sin amor
vivir.

Fenisa. Confieso; mas mira,
bella Marcia, que te enredas
sin saber por do caminas;
el laberinto de Creta,
la casa siempre maldita
del malicioso Atalante,
el jardín de Falerina,
no tienen más confusión;
lástima tengo á tu vida.

Marcia. Espantada estoy de verte,
Fenisa, tan convertiva;
¿has te confesado acaso?;
ya me cansa tu porfía;
¿no aman las aves?

Fenisa. Si aman,
y no [te] espante que diga
lo que escuchas, pues amor
esta ciencia me practica;
ya sé que la dura tierra
tiene amor, y que se crían
con amor todos sus frutos,
pues sabe amar aunque es fría.

Marcia. Pues, ¿por qué ha de ser milagro
que yo ame, si me obliga
toda la gala que he visto?
y para que no prosigas
verás en aqueste naipe
un hombre donde se cifran

(1) Manuscrito de mediados del siglo XVII; es copia bastante defectuosa; parece que el amanuense era andaluz, por la frecuente conversión de la c en s; v. gr. *sielo*, por *cielo*. 48 hojas en 4.ª Biblioteca Nacional, Vg.—194.

todas las gracias del mundo;
él responda á tu porfia.

Fenisa. ¡Ay de mí!

Marcia. Ya te suspendes;
dime ahora, por tu vida,
¿qué pierdo en ser de unos ojos
cuyas agradables niñas
tienen cautivas más almas
que tiene arenas la Libia,
estrellas el claro cielo,
rayos el sol, perlas finas
las margaritas preciosas,
plata las fecundas minas,
oro Arabia.....

Fenisa. ¡Ay, Dios! ¿qué he visto?
¿qué miras, alma, qué miras?
¿qué amor es este? ¡oh qué hechizol
tente, loca fantasía;
¡qué máquina, qué ilusión!
Marcia y yo somos amigas;
fuerza es morir; ¡ay amor!
¿por qué pides que te siga?
¡Ay, ojos de hechizos llenos!

Marcia. Suspensa estás; ¿qué imaginas?
Fenisa, ¿no me respondes?
¿no hablas?

Fenisa. ¿Llamas, amiga?

Marcia. No estoy muy bien empleada.

Fenisa. Yo le vi, por mi desdicha,
pues he visto con mirarle
el fin de mi triste vida.
Digo, Marcia, que es galán;
mas cuando pensé que habías
hecho á Gerardo tu dueño,
¿olvidas lo que te estima?
¿no estimas lo que te adora,
siendo obligación?

Marcia. No digas,
que á nadie estoy obligada
sino á mi gusto.

Fenisa. Perdida
estoy por Liseo; ¡ay, Dios!
fuerza será que le diga
mal dél, porque le aborrezca;
¿cuidado de tantos días
como el del galán Gerardo
por el que hoy empieza olvidas?
demás, [que] de aqueste puedes,
fingiendo amor, cortesía,
estimación y finezas,
burlarte; y es más justicia
estimar á quien te quiere,
más que á quien quieres.

Marcia. ¡Que digas

razones tan enfadosas!
alguna cosa te obliga,
á darme, Fenisa, enojos;
¿qué pensamientos te animan?

Fenisa. No te enojos.

Marcia. ¿Cómo pides
que no me enoje, si quitas
á mis deseos las alas,
á mi amor la valentía,
á mis ojos lo que adoran
y á mi alma su alegría?
¿Quiéresle, acaso?

Fenisa. ¿Yo, Marcia?
¡No está mala la malicia!

Marcia. No es malicia, sino celos.

Fenisa. ¿Por qué el retrato me quitas,
muestra que tú de Liseo
valor ni parte no estimas,
y si le estimas procuras
que yo le aborrezca?

Fenisa. Amiga
Marcia, escucha, no te vayas,
aguarda por vida mía;
oye, por tu vida, escucha.

Marcia. Muy enojada me envías;
quien dice mal de Liseo
pierda de Marcia la vista.

Fenisa. Pierda la vista de Marcia
quien piensa ganar la vista
de la gala de Liseo.
¿Hay más notable desdicha?
¿Soy amiga? sí; pues, ¿cómo
pretendo contra mi amiga
tan alevosa traición?
Amor, de en medio te quita;
¡Jesús! el alma se abrasa;
¿dónde, voluntad, caminas
contra Marcia, tras Liseo?
¿no miras que vas perdida?
el amor y la amistad
furiosos golpes se tiran;
cayó el amistad en tierra
y amor victoria apellida;
téngala yo, ciego Dios,
en tan dudosa conquista.

(Sale Don Juan.)

D. Juan. Marcia, me dijo, Fenisa,
que estabas aquí, y así
á ver tus ojos supe.

Fenisa. Siempre el corazón ayisa,
el bien y el mal, y así á mi
el corazón me decía,
mi don Juan, con su alegría,

que tú llegabas aquí.
D. Juan. Bien mi voluntad, merece
tu favor, Fenisa mía;
mas el alma desconfía,
con que mil penas padece.
Fenisa. (*Aparte.*) Aunque á don Juan digo amores
el alma en Liseo está,
que en ella posada habrá
para un millón de amadores;
mas quiérole preguntar
quién es éste por quien muero
nuevamente.
D. Juan. Pues no quiero
verte así contigo hablar
sino es que á ti te enamoras,
porque yo no te merezco.
Fenisa. ¿Celos, don Juan?
D. Juan. Yo padezco
y tú mi dolor ignoras;
maldiciones de Fenisa
son éstas; tú pagas mal
mi amor.
Fenisa. ¿Y tú, desleal,
eso dices á Fenisa,
á quien por quererte ha sido
una piedra helada y fría
con los hombres?
D. Juan. Una harpía,
un desamor, un olvido,
dirás, Fenisa, mejor;
ya sé tus tretas, sirena,
que ya en tu engaño y mi pena
hace sus suertes amor,
y eres...
Fenisa. Basta, no haya, no más,
que estás en quejarte extraño.
(*Aparte.*) Desta manera le engaño.
¡Ay, Liseo! ¿Dónde estás?
Que yo te diré en qué estaba,
como viste, divertida.
D. Juan. ¡Dilo presto, por tu vida,
que la mía se me acabal
Fenisa. ¿Tú muerto? Mil años vivas.
Dí: ¿conoces á un galán
en quien cifradas están
las pretensiones altivas
de las damas desta corte?
D. Juan. ¿Qué dices? ¿Qué es lo que veo?
Respondes á mi deseo,
mas quieres que pague el porte.
Fenisa. Escucha, así Dios te guarde,
que yo te diré el deseo
que me mueve, y es Liseo
su nombre.

D. Juan. ¡Ay, amor cobarde,
qué presto desmayas! Fiera,
¿tal me preguntas á mí?
Fenisa. No pienses, don Juan, que en ti
hay causa de tal quimera.
¿De ti mismo desconfías,
cuando tus partes están
por gentil hombre y galán,
venciendo dañás?
D. Juan. ¿Porfías
en darme la muerte, ingrata?
Fenisa. (*Aparte.*) Mejor, don Juan, lo dijeras,
triste de mí, si supieras
que este Liseo me mata;
mas amor manda que calle;
disimular quiero.
D. Juan. A fe
que ya en tus ojos se ve,
fiera, que debes de amalle.
Fenisa. Tu engaño, don Juan, me obliga
¿descubrirte el secreto,
por lo que quise saber
quién es el galán Liseo;
pretende de Marcia bella
el dichoso casamiento,
siendo, por fuerza de estrellas,
conformes en los deseos;
quíseme informar de ti
si es noble, porque discreto
y galán, ella me ha dicho
que es de aquesta corte espejo;
y tú, sin mirar que soy
la que te estima por dueño,
estás con celos pesado,
pidiendo sin causa celos;
no me verás en tu vida;
y pues celos de Liseo
te obligan á esta locura,
yo haré que tus pensamientos
tengan, por locos, castigos,
pues de hoy más quererle pienso;
y así servirá á los hombres
tu castigo de escarmiento,
que no se han de despertar
á las mujeres del sueño,
que firmes y descuidadas
dulcemente están durmiendo.
D. Juan. Aguarda.
Fenisa. No hay que aguardar;
de Liseo soy; el cielo
lo haga.
D. Juan. Tras ti voy, fiera,
que por amarte me has muerto.
(*Vanse, y sale Liseo y León, lacayo.*)

León. Contento vienes, como si ya fueras señor del mundo, por haberte dicho la bella Marcia que te adora y quiere.

Liseo. ¿No te parece que de un [bello] ángel se han de estimar favores semejantes, y engrandecer el alma, porque en ella quepa la gloria de merced tan grande?

León. Si va á decir verdad, como no busco amor de mantequillas ni alfenique, de andarme casquivano y boquiabierto, de día viendo damas melindrosas, de noche requebrando cantarillas de las que llenas de agua en las ventanas ponen á serenar por los calores, pues á cabo un cuidado de quebrarse, la cabeza, no hará sino caerse y romperle los cascos cuando menos. ¡Pesie á quien me parió! Que no hay tal [cosa, como las fregoncillas que estos años en la Corte se usan.

Liseo. Mi alegría escucharte me manda; dime al punto cómo son las fregonas que se usan.

León. Si preguntas, señor, de las gallegas rollizas, carihartas y que alzan doce puntos ó trece por lo menos, dos varas de cintura, tres de espalda; que se alquilan por meses y preguntan si acaso hay niños, viejos ó escaleras; de las que sacan de partido un día y hurtan cada día algunas horas, buscan sus cueros cuando salen fuera y venimos á serlo los lacayos por nuestra desventura y mala estrella; llevan su medio espejo y salserilla, y entrando en el portal que está más cerca se jalbegan (1) las caras como casas y se ponen almagre como ovejas, y tras desto, buscando su requiebro, se vuelven hiedras á su tronco asidas; llevan sabrosas lonjas de tocino, y en pago desto vuelven á sus casas con un niño lacayo en la barriga, ó mozo de caballos por lo menos; nosotros paseamos por su calle, haciendo piernas y escupiendo fuerte, hasta que llega la olorosa hora en que quieren verter el... ya me entiendes; alcahuete discreto de fregonas, cuyo olor nos parece más suave

que el de la algalia, y aun decirte puedo que alguna vez le tuve por más fino. Estas, como te he dicho, son gallegas, fruta (1) para nosotros solamente; que de las fregoncillas cortesananas no hay que decir, pues ellas mismas dicen que son joyas de Príncipes y Grandes, y aun hay muchos que humillan su granal estropajo destas bellas ninfas, [deza que te puedo jurar que he visto una que tal vez no estimó de un almirante cien escudos, señor, sólo por dalle la paz al uso da la bella Francia. Con estas se regala y entretiene el gusto, y más cuando se van al río, que allí mientras la ropa le jabonan, ellas se dan un verde y dos azules; y no estas damas hechas de zalea que atormentan á un hombre con melin-

[dres y siempre están diciendo: dame, dame.

Liseo. ¡Ay, mi León! que [en] sola Marcia veo un todo de hermosura, un sol, un ángel, una Venus hermosa en la belleza, una galana y celebrada Elena, un sacro Apolo en lá divina gracia, un famoso Mercurio en la elocuencia, un Marte en el valor, una Diana en castidad.

León. Parece que estás loco; ¿para qué quieres castas ni Diananas? Anda, señor, pareces boquirrubio, ¿para qué quiero yo mujeres castas? mejor me hallara si castiza fuera; por aquesto reniego de Penélope, y á Lucrecia maldigo; ensalzo y quiero á la Porcia sin par; que solo Bruto, si acaso en el amor te parecía, pudo hacer desatino semejante. ¡Por vida de mis mozas! que si fuera mujer, que había de ser tan agradable que no había de llamarme naide, esquivia; dar gusto á todo el mundo es bella cosa; bien sabe en eso el cielo lo que hizo; tengo estas barbas, que si no yo creo que fuera linda pieza; ¡oh! si tuviera una famosa bota, como digo verdad en esto!

Liseo. Calla, que parece que vienes como sueles, pues no miras que con tu lengua la virtud ofendes

(1) Ms. *galvean.*

(1) Ms. *y fruta.*

León. más estimada y de mayor grandeza; mas eres tonto, no me espanto desto. Perdona si te digo que tú eres el tonto, si de castas te aficionas; mas que si Marcia esa quimera hace, que te ha de aborrecer, que las mujeres aunque sean Lucrecias, aborrecen los hombres encogidos, y se pierden por los que ven graciosos, desenvueltos, y más si al dame, dame, son solícitos; si no, mira el ejemplo: á cierta dama cautivaron los moros, y queriendo tratar de su rescate su marido, respondió libremente, que se fuesen, que ella se hallaba bien entre los moros; que era muy abstigente su marido y no podía sufrir tanta Cuaresma; que los moros el viernes comen carne y su marido solos los domingos, y aun este día sólo era grosura, y el tal manjar ni es carne ni es pescado. ¿Entiendes esto? pues si Marcia sabe que eres tan casto, juzgará que tienes la condición de aquese que quitaba á esta pobre señora sus raciones, ó entenderá que eres capón, y hasta.

Liseo. Ya parece, León, que desvarias; pero mira al balcón; ¿es Marcia aquella?
León. No es sino Fenisa, amiga suya.

(Sale Fenisa al balcón.)

Fenisa. León, llama á Liseo.
León. Señor, llega, que la hermosa Fenisa quiere hablarte.

Fenisa. Dichosa es la que merece amarte.

Liseo. ¿Qué mandáis, Fenisa, hermosa, pues por mi dicha merezco que de Marcia hermosa el alma tenga de hablarme deseo? Hablad, señora, por Dios, y no tengáis más suspenso á quien os adora á vos por estrella de su cielo, y si sois de aquella diosa en quien adoro...

Fenisa. • ¿Qué espero? dejé á Marcia con don Juan y vengo llena de miedo á ver de mi dulce dueño la gala que no merezco. Hurtando á Marcia sus glorias, las cortas horas al tiempo, escribe un papel, y en él mi amor y ventura ha puesto. Enojada me fingí

y con este engaño dejo á don Juan pidiendo á Marcia que desta paz sea tercero, y aunque á mi don Juan adoro, quiero también á Liseo porque en mi alma hay lugar para amar á cuantos veo. Perdona, amistad, que amor tiene mi gusto sujetó, sin que pueda la razón, ni mande el entendimiento; tantos quiero cuantos miro, y aunque á ninguno aborrezco este que miro me mata.

Liseo. Fenisa, con tu silencio (1) no dilates más mis glorias; dime si traes de mi dueño algún divino mensaje.

Fenisa. Amistad santa, no puedo dejar de seguir á amor; de aqueste papel, Liseo, sabrás lo que me preguntas; léele, que te prometo que me cuesta harto cuidado la travesura que he hecho; y queda adiós.

Liseo. ¿Ya te vas? aguarda, por Dios.

Fenisa. No puedo. ¡Ay, ojos, en cuyas niñas puso su belleza el cielo! Adiós.

Liseo. ¡Id con él señora, dulce papel de mi dueño, no carta de libertad sino de más cautiverio.

León. ¿Es *lignum* (2) *crucis* acaso? ¿Es de alguna santa el hueso lo que te dió aquella dama?

Liseo. ¿Por qué lo preguntas, necio?

León. Bésasle tan tiernamente que no es mucho si sospecho que es reliquia; á ver papel; ahora si que estás bueno. Mas si fuera Marcia casta no granjeara en aquesto.

Liseo. Si merezco, papel mío, saber lo que tienes dentro, romperé para gozarlo aqueste divino sello.

León. Acaba; ¿qué estás dudando?

(1) Ms. Fenisa tanto siliçençio.

(2) Ms. ligno en.

si no temes que los griegos
del gran caballo troyano
trae metidos en su centro.

Liseo. ¿No es esta letra de Marcia?

León. Y vendrá á ser, por lo menos,
de la fregona de casa.

Liseo. Calla que leerle quiero;
oid la boca de Marcia:
«Supo, Gallardo Liseo,
tu nobleza, tu valor,
y tu gran merecimiento.
En tu retrato miré
las partes que te dió el cielo,
y al fin por ojos y oídos
me dió el amor su veneno,
y aunque entiendo quien (1) te adora,
hoy á quererte me atrevo,
que amor no mira amistades
ni respeta parentescos.
Dirás que fuera mejor
morir; pues tú me has muerto
no se queda sin castigo
mi amoroso atrevimiento,
y si quieres de más cerca
oir mis locos deseos,
escuchar mis tristes quejas
y amorosos pensamientos,
vivo á San Ginés; ¡ay! Digo,
si no vivo, ¿cómo miento?
vivo solo donde estás,
porque donde no estás muero.
En unos hierros azules
dadas las doce te espero
donde perdones los misos,
pues vienen de amor cubiertos.»
¿Qué dices desto, León?

León. ¿Qué he de decir? que eres necia
si no gozas la ocasión
pues te ofrece sus cabellos;
esta sí que me da gusto,
que descubre sin extremos
los que tiene allá en el alma.
Parece que estás suspenso;
ventura tienes, por Dios;
dí, ¿sabes encantamientos?
¿con qué hechizas esta gente?
¿traes algún grano de helecho?
Marcia, te adora y estima;
Fenisa, por tí muriendo.
¿Y Laura?

Liseo. Calla, borracho,

si sabes que la aborrezco
¿por qué me nombras su nombre?
¡vive Dios!

León. ¡Jesús! ¿tan presto
te enojas? detén la mano,
que ya la paso en silencio;
mas, dime, en que ha de parar
esta quimera, que creo
que te has de volver gran turco?
Dí, ¿qué pretendes?

Liseo. Pretendo
darte cién espaldarazos.

León. Dios te guarde, que yo pienso
que no te verás por dar
á puertas de monasterios,
y si das, son mogicones,
cosa que aunque por momentos
los dés, no les quitarás
la herencia á tus herederos;
mas si pasas adelante
con estas cosas, sospecho
que han de reñir y arañarse,
que esto y más pueden los celos;
las fregonas, por nosotros
cada día hacen esto;
más las demás, no es razón.

Liseo. ¿Quieres callar, majadero?
ya me cansan tus frialdades,
ya de escucharte me ofendo.

León. Casto dice y tiene tres;
éreslo como mi abuelo,
que no dejaba doncellas,
ni aun las casadas, sospecho.
Era cura de un lugar
y en lo que tocaba al sexto,
curaba muy bien su gusto,
pues el día de su entierro
iban diciendo: ¡ay, mi padre!
todos los niños del pueblo.
Algunos murmuradores
al Obispo le dijeron
que tenía doce hijos,
sin los demás encubiertos.
Vino el Obispo al lugar
á castigar tantos yerros,
y él le salió á recibir
disimulado y secreto.
Dijo el Obispo: ¡raidor!
¿cuántos hijos tenéis?; pienso,
respondió, que he de tener,
si no me engaño y es cierto,
tantos como useñoria,
y aun sospecho que uno meños.

(1) Ms. que.

Llegaron con esto á casa
y al entrar en ella vieron
los doce niños, vestidos
de un leonado terciopelo
y con hachas en las manos.
Quedó el Obispo suspenso
mirando con atención
los muchachos, y (1) mi abuelo
dijo: ¿qué mira, señor?
¿estos doce candeleros?
pues yo le (2) juro que todos
dentro de casa se hicieron.

Liseo. ¿Acabaste?

León. No, señor,
que se me acuerda otro cuento
tan gracioso como estotro. (3)

Liseo. Lo que has hablado no creo,
que habla más un papagayo.

León. Dáble mucho contento
tener las criadas mozas,
y habiendo por fuerza hecho
que tuviese una ama vieja
de á cincuenta años, fué puesto
en la mayor confusión
en que no se vió en su tiempo,
y para poder medir
con su gusto el mandamiento
tomó dos de á veinte y cinco,
que fué el más famoso cuento.

Liseo. Calla ya, por Dios.

León. ¿Te ofendes
de tan graciosos subcesos
y deso estás enfadoso?
¡Por Cristo! que no te entiendo.

Liseo. Divina Marcia, perdona
si en no ser leal te ofendo,
que á Fenisa voy á ver,
y aun á engañarla si puedo.
Si no te viere esta noche,
no te enojas, que el que pierdo
soy yo que pierdo tu vista.
Vamos, León.

León. Ya está hecho.
Vamos, y el cielo permita
que algún fregonil sujeto
haya en casa, porque yo
reciba algún pasatiempo.

(*Vanse y sale Gerardo.*)

Gerardo Goce su libertad el que ha tenido
voluntad y sentidos en cadena,

(1) Ms. *y á.*

(2) Ms. *te.*

(3) Ms. *estotros.*

y el condenado en la amorosa pena
al dudoso favor que ha pretendido.

En dulces lazos pues leal ha sido,
de mil gustos de amor el alma llena,
el que tuvo su bien en tierra ajena
triunfe de ausencia sin temor de olvido.

Viva el amado sin favor, celoso,
y venza su desdén el despreciado;
logre sus esperanzas el que espera.

Con su dicha se alegre el venturoso
y con su amada el vencedor amado,
y el que busca imposibles, cual yo, muera.

(*Salen Antonio y Fabio, con sus instrumentos.*)

Fabio. ¿Mandas, señor, que cantemos?

Gerardo Fabio, Antonio, bien venidos
seáis.

Antonio. Cuidados perdidos
son los tuyos.

Fabio. ¿Qué diremos?

Gerardo Mi pasión podéis cantar.

Fabio. Será muy triste canción
que en siete años de afición
no te acabes de cansar.

Gerardo Cual Jacob querré otros siete
si he de gozar á Raquel.

Antonio. Aquí no hay suegro cruel
ni Lía que te subjete.

Gerardo Unas endechas me dí.

Fabio. ¿Endechas?

Antonio. ¿Endechas quieres?
Amante de endechas eres.

Gerardo ¡Ay! Fabio, ¡ay! Antonio, sí (1)
cantad, pues, y no templéis;
basta mi tristeza fiera.

Fabio. ¡Bravo amor!

Antonio. ¡Brava quimera!

Gerardo Ea, cantad si queréis.

(*Cantan y Gerardo se pasea.*)

¿Por qué, divina Marcia,
de mis ojos te ausentas
y en tanto desconsuelo
triste sin ti me dejas?
Si leona no eres,
si no eres tigre fiera,
duélete, desdén mío,
de mi rabiosas penas.

(*A la ventana Belisa y Marcia.*)

Belisa. Llega, querida prima,
así tus años veas
logrados y empleados
en quien más te merezca.

(1) Ms. *se.*

Escucha como cantan. (*Cantan.*)
Fabio. ¡Ay! celoso tormento,
¡ay! traidora sospecha;
ya que me olvida Marcia
¿por qué tú me atormentas?
Belisa. ¡Oh! prima de mis ojos,
buena ocasión es esta.
Marcia. Calla, que me disgustas,
ó diré que eres necia. (*Cantan.*)
Fabio. Amigo pensamiento
tras esta ingrata vuela,
dulce dueño que el alma
tanta pasión le cuesta.
Gerardo En el balcón hay gente;
será mi Marcia bella; —
mas no soy tan dichoso
que tal favor merezca.
Fabio. ¡Ay! que á mi ingrata bella
más la endurecen mis rabiosas penas.
Belisa. Amada prima mía.
Marcia. ¿Que me vaya deseas?
Belisa. Pues en esto me hablas,
no te vayas; espera. (*Vase.*)
Sabe el cielo, Gerardo,
cuanto el veros me pesa,
en tan grande desdicha.
Gerardo ¿Sois vos, Belisa bella?
¿Y mi Marcia divina?
Belisa. Aquí estaba, y roguéla
que tu pasión mirase,
mas cruel persevera;
mas no es justo desmayes,
que aunque más me aborrezca
he de hacer vuestras partes;
tened, señor, paciencia. (*Vase.*)
Gerardo ¡Ay! señora, así vivas;
mi desdicha remedia.
Y vosotros, dejadme
solo con mis tristezas.
Fabio. ¡Triste mancebo! Antonio,
miedo tengo que muera.
Antonio. Dejémosle que á solas
pasa mejor sus penas.
¡Oh! Dafne fugitiva
y aun más ingrata que ella,
pues huyes de tu amante
cuando amarle debieras,
plegue á Dios que el que amares
te deje cual me dejas,
pues á mí que te adoro
desdeñosa desprecias;
de mi pasión se duelen
hasta las duras piedras,

y de ella (1) enternecidas
ablandan su dureza.
Mis lágrimas son tantas
que el reino que gobierna
el sagrado Neptuno
no tiene más arenas;
dejad los hilos de oro
en que ensartáis las perlas
y ayudadme llorando
del mar bellas sirenas.
Plegue á los cielos, Marcia,
pues mi pasión te alegra,
que ante tus fieros ojos
muerto á Gerardo veas.

(*Salen Laura y Félix, paje.*)

Félix. Dímelo, así Dios te guarde.
Laura. ¿Qué te tengo de decir?
que soy, Félix, desdichada,
que sin ventura nací.
Félix. No es sin causa esta pasión;
fiate, Laura, de mí,
que si puedo remediarla
lo haré aunque entienda morir.
Mil días há que te veo
desconsolada vivir.
Laura. ¿Vivir?; si viviera (1), Félix,
no fuera malo.
Félix. ¿Es así?
¿Qué tienes, señora mía?
Bien me lo puedes decir,
que contado el mal, se alivia.
Laura. Es verdad; escucha.
Félix. Dí.
Laura. Ya conoces á Liseo;
pues de aqueste, Félix, fui
requebrada y pretendida.
Félix. ¿Eso no más?
Laura. ¡Ay de mí!
améle.
Félix. ¿Pues que le ames
por eso pierdes?
Laura. Perdí
en amarle, Félix mío,
más que piensas.
Félix. Eso dí.
Laura. Díome palabra de esposo
y con esto me rendí
á entregarle...
Félix. No te pares.
Laura. Dile...
Félix. Prosigue.

(1) Ms. *alta*.

(1) Ms. *viera*.

Laura. ¡Ay de mí
mi honra le entregué, Félix,
joya hermosa, y que nació
solo obligada á guardarla,
y con esto me perdí
cuando pretendió mi amor.
Amante y tierno le ví
cuanto ahora desdeñoso,
pues no se acuerda de mí;
dime, ¿qué será la causa?
que si acaso viene aquí,
es cuando luego me dice:
Laura, yo voy á morir.
Si ve mis ojos llorosos
y el gusto para morir,
ni me preguntó la causa,
ni la consiente decir.
Cuando le escribo y me quejó
de ver que me trató así,
no responde, antes se enfada
de verme siempre escribir.
Si busco lugar de darle
el favor que ya le di,
regatea el recibirle
y él queda conmigo aquí.
Dormido anoche en mis brazos,
con ansia empezó á decir:
Marcia y Fenisa me adoran.
¡Oh, amor, y lo que sentí;
y al fin, asiéndome sus manos,
llorando, le extremece,
diciendo: amado Liseo,
mira que estás junto á mí;
si á Marcia y Fenisa quieres,
mira, ingrato, que por ti
á mí misma me aborrezco
desde el día que te ví;
respondíome airado: Laura,
ya no te puedo sufrir;
de todo tienes sospechas;
presto quieres ver mi fin.
Esta noche le aguardaba,
Félix; pues no viene aquí,
alguna dama le tiene,
más dichosa que yo fui.
Estos son, Félix, mis males;
aquesto me tiene así
atormentándome el alma
sin descansar ni dormir.

Félix. Desafortunada, hermosa Laura,
muy bien te puedo decir:
las tres de la noche han dado,
mi señora, y no dormís;

sentid, pues fuistes la causa,
el dolor que os da á sentir
aquel corazón de piedra
cruel, pues os trató así;
llorad; bellísimos ojos.

Laura. Mi Félix; hacedlo así
hasta que acabe la vida;
que presto será su fin;
pluguiera (1) al cielo, Liseo;
dura piedra para mí;
que fuera el fin de mis días
el día que yo te ví:
¡Piadoso cielo; duele de mí;
que amando, aborrecida muero al fin!

(Llora.)

Félix. Baste, mi señora, baste,
no quieras tratar así
aquesos bellos luceros,
que aunque yo muera por ti
[en] cuanto basten mis fuerzas
me tienes seguro aquí.
Suspende tu pena ahora;
acuéstate y fía de mí,
que yo sabré por qué causa
Liseo te trata así;
que la deuda que á tus padres
tengo desde que nació
fuera negarla si ahora
te desamparara á tí.
Queda en buen hora, que el cielo
cansado ya de sufrir
te vengará deste ingrato,
que yo le voy á seguir.

Laura. ¡Piadoso cielo, duele de mí,
que amando, aborrecida muero al fin.

(Vase Félix.)

Que muera yo, Liseo, por tus ojos
y que gusten tus ojos de matarme;
que quiera con tus ojos alegrarme
y tus ojos me den cien mil enojos.

Que rinda yo á tus ojos por despojos
mis ojos, y ellos en lugar de amarme
pudiendo con sus rayos alumbrarme
las flores me convierten en abrojos.

Que me mate tus ojos con desdenes,
con rigores, con celos, con tibieza,
cuando mis ojos por tus ojos mueren,

¡Ay dulce ingrato que en los ojos tiene
tan grande deslealtad, como belleza,
para unos ojos que á tus ojos quieren.

(Vase Laura; con que se da fin á la primera
jornada.)

(1) Ms. *plubiera*.

JORNADA SEGUNDA

Sale MARCIA, sola.

Marcia. Amar el día, aborrecer el día,
llamar la noche y despreciarla luego,
temer el fuego y acercarse el fuego,
tener á un tiempo pena y alegría.

Estar juntos valor y cobardía,
el desprecio cruel y el blando ruego,
temor valiente (1); entendimiento ciego,
atada la razón, libre osadía.

Buscar lugar donde aliviar (2) los males
y no querer del mal hacer mudanza,
desear sin saber qué se desea.

Tener el gusto y el disgusto iguales
y todo el bien librado en (3) esperanza,
si aquesto no es amor, no sé qué sea.

(Sale Belisa.)

Marcia. ¿Búscasme prima?

Belisa. Una dama
bizarra y de lindo talle
te quiere hablar; ¿quieres dalle
licencia? que es de la fama
y muestra su gallardía
ser hermosa.

Marcia. Pues, ¿qué quiere?

Belisa. Marcia (4), hablarte.

Marcia. Sea quien fuere
dile que entre, prima mía.
¿Viene sola?

Belisa. Un escudero,
una silla, mucha seda,
buen brío, y tan cerca queda,
que con su presencia espero
sacarte de confusión.
Entrad, gallarda señora.

(Sale Laura con manto.)

Marcia. No sale, prima, el aurora
con tan grande presunción.
¡Buen talle! seáis bien venida.

Laura. Y vos, señora; ¡ay, amor!
ya el ánimo y la color
tengo de verla, perdida.

Marcia. Parece que se ha turbado,
Belisa, en sólo mirarme.

Laura. Marcia hermosa, perdonadme,
que es vuestro talle extremado;
me ha turbado, y cañl estoy
muerta de amores, en veros;

no hay más bien que conoceros;
dichosa en miraros soy.

Marcia. Para serviros será,
que lo haré, así Dios me guarde.

Laura. ¿Qué tiemblo? ¿qué estoy cobarde?

Marcia. Confusa, Belisa, está.
Descubrios, que los ojos
me tienen enamorada.

Laura. Sólo en el ser desgraciada
soy hermosa, y si en (1) despojós
el alma, señóra, os doy;
tomad el rostro tanbién.

Marcia. Hermosa sois.

Belisa. No hay más bien
que ver cuando viendo estoy
tal belleza; el cielo os dé
la ventura cual la cara;
si hombre fuera, yo empleara
en vuestra afición mi fe.

Laura. Bésoos, señora, las manos.

Marcia. Señora, pues me buscáis,
razón será que digáis
quién sois.

Laura. Pues las tres estamos
solas, quien soy os diré
y á lo que vengo.

Marcia. ¿Os llamáis?

Laura. Laura.

Belisa. Con razón tomáis
tal nombre, pues ya estaré
segura que á Dafne veo
hoy en laurel convertida.

Marcia. Laura bella, por mi vida
que no tengáis mi deseo.

Laura. Mas confieso, Marcia bella,
¿es esta dama Fenisa?

Marcia. No, Laura, porque es Belisa,
mi prima.

Laura. Ya mi amor sella
con mis brazos su amistad.

Belisa. Soy vuestra servidora,
y á fe que desde (2) esta hora
cautiváis mi voluntad.

Laura. Yo la acepto, y porque está
suspensa Marcia, os diré
á lo que vengo.

Marcia. Estaré
atenta; ¡ay Dios, qué será!

Laura. Sabed, bellísimas primas,
cuyos años logre el cielo,
como nací en esta corte

(1) Ms. valiente y.

(2) Ms. alibrar.

(3) Ms. en esta.

(4) Ms. Velisa.

(1) Ms. cien.

(2) Ms. quede desta.

y és noble mi nacimiento;
mis padres, que el cielo gozan,
me faltaron á tal tiempo
que casi no conocí
á los que vida me dieron;
quedé niña, sola y rica
con un noble caballero
que tuvo gusto en criarme
por ser de mi madre deudo.
Puso los ojos en mí
un generoso mancebo,
tan galán como alevoso,
desleal y lisonjero;
como mi esposo alcanzó
los favores, con que pienso
que si tuve algún valor
sin honra y sin valor quedo;
cuando entendí que mi amante
trataba de casamiento,
trató, Marcia, de emplearse
en otros cuidados nuevos;
yo sintiendo su tibieza
y mi desdicha sintiendo,
le hice seguir los pasos
para averiguar mis celos;
á pocos lances hallé
que éste mi tirano dueño,
Nerón cruel que á mi alma
puso como á Roma incendio,
¡Ay, Marcia, supe... (Llora.)

Marcia. Pues dilo
y deja ese sentimiento.

Belisa. Ya no sirve enternecerte,
lágrimas viertes, ¿qué es esto?

Laura. ¿No quieres divina Marcia
que tema el decir?

Marcia. ¡Ay cielo!

Belisa. Laura, confusa me tienes;
aquí no te conocemos
sí es vergüenza.

Laura. No es vergüenza
sino pensar que me pierdo;
solo digo...

Marcia. Acaba amiga.

Laura. Supe, Marcia, que Liseo,
que éste [es] el traidor ingrato
qué en tal ocasión me ha puesto,
te adora á tí; esta es
la causa porque temiendo
estaba de declararme.

Marcia. Laura, si tu sentimiento
es ese, puedo jurarte
que no le he dado á Liseo

favor que no pueda al punto
quitársele; yo confieso
que le tengo voluntad;
mas, Laura hermosa, sabiendo
que te tiene obligación
desde aquí de amarle deajo,
en mi vida le veré;
¿eso temes? ten por cierto
que soy mujer principal
y que aqueste engaño siento.

Laura. Espera amiga que hay más,
que es justo porque tomemos
venganza las dos, que sepas
que este cruel lisonjero
si á mí me desprecia, á tí
te engaña, pues sé por cierto
que ama á Fenisa tu amiga
que á tí te engaña cumpliendo
con traiciones, que Fenisa
es su gusto y pasatiempo;
desde que sale en Oriente
el rubio señor de Delo
hasta que sale la luna,
está en su casa Liseo
embebecido, hechizado,
y de muy amante necio.
Bien sé Marcia que contigo
era solo pasatiempo
lo que el ingrato trataba,
mas con Fenisa yo pienso
que pasa más que á servirla.
Marcia, dame tu consejo,
que si Liseo se casa
bien ves cuan perdida quedo,
¡ay bella Marcia!

Marcia. No llores,
que ya he pensado el remedio
tal que he de dar á Fenisa
lo que merece su intento;
podrás quedarte conmigo.

Laura. Sí, amiga, porque no quiero
vida, hacienda y gusto, honor
si á mi dueño ingrato pierdo;
mas para que con mi honra
pueda cumplir, Marcia, quiero
que digas que eres mi deuda
y que en ese monesterio
me has conocido, y Leonardo
creyendo ser parentesco
me dejará que contigo
viva, señora, algún tiempo.

Marcia. Pues, Laura, quitate el manto,
sosiega y éntrate dentro,

que no quiero que te vea
que estás conmigo, Liseo,
y déjame el cargo á mí.

Laura. Déjame besar el suelo
adonde pones las plantas.

Marcia. Alza, amiga, que no quiero
que gastes tanta humildad,
que no es razón; mas pensemos
si Liseo te buscase
que has de decir á Liseo;
yo le escribiré un papel
y en él le diré que quiero,
cansada de sus crueldades,
ser religiosa, y con esto
yo sé que su poco amor
dará lugar á mi enredo.

Marcia. Bien haya tu discreción;
¿qué dices prima?

Belisa. Que pierdo
el juicio, imaginando
tal traición, y que si puedo
le he de quitar á don Juan,
mi antiguo y querido dueño,
que también le persuadió
á que no me viese.

Laura. ¡Ay cielo!
¿también tú estás agraviada?

Marcia. Muy fácil está el remedio;
procura, prima, que vuelva
á su posada, deseo
que fácil será (1) de hacer
con persuasiones y ruegos;
vamos, Laura ¡y tal maldad!
así paga los extremos
de mi voluntad, Fenisa;
mal haya quien en tal tiempo
tiene amigas.

Belisa. Don Juan viene;
vete, por Dios; que si puedo
he de intentar mi venganza.

Marcia. Vamos, que sus pasos siento.

Laura. La traición en la amistad
puede llamarse este cuento.

(Vanse Marcia y Laura, y queda Belisa sola.)

Belisa. Quien no sabe qué es celos no se alabe
que ha tenido dolor ni descontento,
porque basta un celoso pensamiento
para matar á quien sufrir no sabe.
¡Oh! yugo del amor dulce y suave,
sólo por ti se tiene sufrimiento,
que celos es tirano tan violento

que atemoriza con su aspecto grave.

No sé, amor, cómo el verle no te espan-
siendo como eres niño y temeroso, [ta,
antes le tienes por leal amigo.
Más es sirena que cantando encanta,
que para ti Cupido es amoroso
cuanto cruel y desleal conmigo;
sea de esto testigo
la crueldad con que me das tormento,
fuego rabioso en que abrasarme siento.
Y si alguno pregunta
de que son mis desvelos,
le pueden responder que tengo celos.

(Sale don Juan.)

D. Juan. ¿Será preguntar, locura,
á tu divina hermosura,
discretísima Belisa,
si está con Marcia, Fenisa?

Belisa. Es tal tu desenvoltura
que no me espanto que á mí
llegues á mostrar que fuiste
quien..., con saber que por ti
vivo congojosa y triste
de lo que no merecí;
que si yo fuera mujer
que á tu ingrato proceder
hubiera dado el castigo,
no tuvieras, enemigo,
tal libertad y poder.
Por Fenisa me preguntas,
tirano, y no miras juntas
mi ofensa y libertad;
no conoces tu maldad
y mi rigor no barruntas;
solicitaste mi amor
y cuando de su favor
eras, ingrato, admitido,
me trataste con olvido,
propio pago de traidor:
mudo estás, tienes razón,
pero ya de tu traición
el cielo y tu infame prenda,
mi agravio y tu olvido vengas.

D. Juan. Escucha.

Belisa. ¿Por qué razón?
si escuchándote perdi
la libertad que era en mí,
libre, exenta y no pechera;
pues ¿por qué quieres que muera
tornándote á escuchar, di?
déjame, no me detengas.
que aunque no quieres me vengas
tú mismo traidor, de ti.

D. Juan. ¿Pues cómo, señora, así

(1) M. : hera.

me tratas?
Belisa. Ya tus arengas
para mí son invenciones.
D. Juan. ¡Oh!, amor, qué ocasión me pones;
¡que por mi culpa perdiese
tu gracia!
Belisa. ¡Si yo te viese
tan cercado de pasiones,
enemigo, como estoy!
mas ¿por qué tan necia soy
que pudiendo yo vengarme,
dejo que torne á engañarme
tu maldad?
D. Juan. Si yo te doy
enajos, *Belisa* mía,
mátame.
Belisa. Yo, bien querría.
D. Juan. Con tus ojos, pues que soy
su esclavo.
Belisa. ¡Qué hechicería!
calla, alevoso perjuro,
y no irrites mi venganza,
sino mira tu mudanza
y que con razón procuro
tu muerte.
D. Juan. ¡Qué hermosa estás!
Parece que con enajos
hacen más tus bellos ojos
con que la muerte me das
llevando el alma en despojos;
mira que muero por ti.
Belisa. ¿Eso me dices así,
cuando adoras á Fenisa,
por quien mi gusto perdí
[Y] enamoras á *Belisa*?
véngume el cielo de ti;
más ella te habrá encerrado,
pues mientras tú descuidado
otro sus umbrales pisa
y engaña con falsa risa
á quien á mí me ha engañado.
D. Juan. No sé que tienen tus ojos
que en esas hermosas niñas
parece que miro el alba
cuando hermosa, crespa y linda
por los balcones de Oriente
nos muestra su hermosa risa.
Fenisa tiene la culpa,
más si me agravia *Fenisa*,
vengada quedas, señora,
yo, ofendido como pintas;
mas dime, ¿quién es el hombre,
sólo para que le diga

que sólo tus ojos bellos
son los que don Juan estima?
Belisa. Basta, don Juan, que me tienes
por necia, pues que á mí misma
me preguntas esas cosas
y en que las diga porfías.
Hante picado los celos
y quieres por causa mía
vengarte del que te ofende;
harto donaire sería;
no tienes que preguntarme
ni presumas que me obligas
con tus engaños, pues bastan
tus falsas hechicerías.
Vete con Dios, que me cansas,
que rosas y perlas finas
para *Fenisa* las guarda
á quien con gusto te inclinas.
D. Juan. ¿Por qué te vas desafortunada?
¡Aguarda, señora mía,
fénix, cielo, primavera,
cuando Abril sus campos pisa;
accidente fué el querer
á esa mujer; mi desdicha
me obligó á tales locuras,
mas ya el alma arrepentida,
á ti, que es su centro, vuelve!
Belisa. ¡Tente, don Juan, no prosigas,
que parece que es verdad
tus palabras, y es mentira,
y podrá ser que me vendas,
que la mujer más altiva
rendirá fuertes de honor
si acaso escucha caricia!
goza tu prenda, que es justo,
que ella misma te castiga,
pues te paga con engaños
la verdad con que la estimas (1).
D. Juan. Si á *Fenisa* no aborrezco,
aquí se acabe mi vida,
aquí me destruya un rayo,
aquí el cielo me persiga,
aquí me mate mi amigo,
y con esta espada misma,
y aquí me desprecies tú,
y aquí me quiera *Fenisa*;
dame de amiga la mano,
rosa hermosa, clavellina,
y te la daré de esposo
á tus plantas, de rodillas.
Belisa. ¿Cómo te podrá creer

(1) Ms. *lastimas*.

quien teme que tu malicia,
como primero, me engaña?

D. Juan. No digas eso, Belisa.

Belisa. ¡Ay, mi don Juan, que en mirarte
casi me tienes rendida!

D. Juan. Amor te doy por fiador
y á tu hermosura divina.

Belisa. ¿Qué me dices, pensamiento?
¿Qué pides, afición mía?
¿Qué me dices, voluntad,
que parece que [te] inclinas,
porque al fin todas las cosas
vuelven á lo que solian?
Los ojos se van tras ti,
la boca á decir se inclina,
mi don Juan, que yo soy tuya
mientras yo tuviere vida.

D. Juan. Por este favor te beso
las manos, prenda querida.
Vamos, mi señora, adentro,
que quiero ver á tu prima.

Belisa. Vamos, que ya estoy vengada.

D. Juan. ¿Contenta estás?

Belisa. Asi vivas
los años que yo deseo,
como temo tus mentiras.
Mas porque Fenisa pierda
la gloria que en ti tenía,
vuelvo de nuevo á engolfarme.

D. Juan. No más engaños, Fenisa.

(*Vanse, y sale[n] Liseo y León.*)

León. Cansada Laura ya de tus tibiezas,
quiere escoger (1) tan recoleta vida,
aborreciendo el mundo y sus grandezas.

Liseo. Es Marcia de mi amor prenda querida
y Fenisa adorada en tal manera,
que está mi voluntad loca y perdida.
Laura ya no es mujer, es una fiera;
Marcia es un ángel; mi Fenisa diosa;
éstas vivan, León, y Laura muera;
Marcia está á mis requiebros amorosa;
Fenisa á mi afición está rendida;
Marcia será, León, mi amada esposa.

León. ¡Bueno eres para turco! ¡Linda vida
si con media docena te casaras!

Liseo. Marcia en eso será la preferida;
tiene hermosura y perfecciones raras:
su hacienda, su nobleza, su hermosura,
su raro entendimiento.

León. ¿Y no reparas
ya, señor, que de Laura no te acuerdas?
¿cómo Fenisa tiene tal locura,

que piensa ser tu esposa?

Liseo. ¡No me pierdas
el respeto, borracho, y me des ira!
¡lindo, por Dios, qué bien templadas cuer-
León, si yo á Fenisa galanteo, [das!
es con engaños, burlas y mentiras,
no más de por cumplir con mi deseo;
á sola (1) Marcia mi nobleza aspira;
ella ha de ser mi esposa, que Fenisa
es burla.

León. Acaba, y esc papel mira.

Liseo. ¿Qué he de verle, León, si en él me avisa
las cansadas quimeras con que suele?

León. Tu condición, por Dios, me mueve á risa.
¡Que te tenga apetito desa suerte!

Liseo. Papel, ¡sólo en mirarte me das muerte!
(*Lee.*) Cansada de sufrir tus sinrazones,
y viendo que ya en ellas no habrá en-
mienda, estoy detenida á cerrar los
ojos al mundo y abrirlos para Dios, y
así hoy me voy á un monesterio, fuera
de la corte, para dejar que goces en ella
tus nuevos empesos y estorbar que lle-
guen á tus oídos nuevas de mi nombre,
ni á los míos las de tu libertad.

León. Laura escoge lo mejor.
¡Vive el cielo, que en el alma,
siento, señor, sus desdichas
nacidas de tu mudanza.

Liseo. Pues yo, León, olvidado,
por su condición pesada,
de la obligación que tengo,
sus penas estimo en nada.
Viva mi amada Fenisa,
estime mis penas Marcia
y haga de sí lo que dice
la ya aborrecida Laura.
No haya miedo que la estorbe
elección (2) tan justa y santa,
que fuera delito feo;
hoy para conmigo acaba,
y así este papel y ella
quedarán por esta causa
borrados de mi memoria,
como escritos en el agua. (Rompe.)

León. ¡Tente, señor, por tu vida!

Liseo. ¡Majadero, allá te aparta!

León. ¡Pues por esta niñería
me das aquesta puñada!
¿no digo yo que tus manos

(1) Ms. *eso la*.

(2) Ms. *elicion*.

(1) Ms. *quieres coger*.

son dadivosas y francas
para puñadas y coces?

(Sale Fenisa.)

Fenisa. ¿Es acaso de la dama?
sí será ¡tanta crueldad!

¡así sus favores rasgas!
coge, León, los pedazos.

León. Sólo aquesto me faltaba
de la ración; ¿es por Dios
la cuenta, barba borrasca?
alterado sale el mar,
tormenta nos amenaza.

Fenisa. Fino alcahuete soís vos.

León. ¿En qué te ofenden mis barbas
que así á mesarlas te atreves?

¿He de pagar yo tu rabia?
Malhaya el lacayo, amén,
cuando en tal oficio anda,
para escusar estas fiestas,
como fraile no se rapa.

Fenisa. ¡Cuánto diera vuesarced
porque al salir se cegaran
mis ojos y no le vieran!

Liseo. Basta, mi Fenisa, basta;
no te enojés, que por tí,
por tu hermosura y tus gracias,
hoy papel y dueño mueren.

Fenisa. ¡Aparta, cruel, aparta!
Parida leona soy
cuando sus hijos le faltan;
pues es Marcia la que estimas,
déjame, y vete con Marcia.

Liseo. ¡Ah Circe! ¡ah fiera Medea!
más que Anajareta ingrata,
deja á Marcia, no la culpes,
pues que no ha sido la causa;
coge, ingrata, los pedazos
y en ellos verás que Laura,
mujer que no la merezco
ni con ninguna se iguala,
cansada de mis tibiezas
y de mi rigor cansada,
me dice que á Dios escoge
y de mi rigor se aparta
y á servirle en un convento
del mundo engañoso escapa,
valiéndose en tal sagrado
del rigor con que la tratas;
que tú eres la causa desto
y de que yo mi palabra
quiebre, á Dios, á Laura, al mundo.

León. ¡Pobre León! Y cual andas
mógicón y remesones
sin respetar á mi cara;

eso sí, escupamos muelas;
déte Dios tan buenas pascuas
como regalos me das
servida aquesta tarasca,
guardando la calle al tonto
á quien la fingida engaña.

Fenisa. ¿Qué habláis, pícaro, entre dientes?
Amiga soy yo de gracias.

León. Mejor dijera entre muelas,
pues ya me has quitado tantas,
una, dos, ¡por Jesucristo!
que ya cincuenta me faltan;
mete los dedos, verás
que está la boca sin nada.

Fenisa. Llegad, pues, á fe que os rompa
las muelas y las quijadas.

León. ¡Ah, triste de tí, León!
Desde hoy comeremos gachas,
señores; ¿saben si acaso
pues hay quien encubra calvas
habrá quien adobe muelas?

Liseo. ¿Qué es esto, Fenisa amada,
no merezco que me creas?

León. ¡Ay, mu-las de mis entrañas;
ay, quijadas de mis ojos!

Liseo. ¿Qué es esto, mi bien, no hablas,
no basta lo que he jurado?
Acaba, no seas pesada.

Fenisa. Por fuerza habré de creer.

León. No hayas miedo que se vaya,
que es doctor que dice no
y luego la mano alarga.

Fenisa. Vencenme al fin tus porfías.

León. ¡Gracias á Dios!

Liseo. No te cansas
de matarme, pues tus ojos
con su belleza me matan.

León. Pluguiera (1) á Dios te murieras
y que el diablo te llevara;
ved aquí, ya están en paz,
y yo cual niño que mama;
así medran los terceros,
de esta suerte me regalan;
mal haya, amén, el oficio.

Fenisa. ¡Qué tibiamente me abrazas!
¿estás también enojado?

Liseo. ¡Ah, sirena, cómo encantas!

[*León*] Pues á fe que yo no llegue,
que eres de mano pesada.

Liseo. Tiénesme muy ofendido,
y así en tus brazos desmaya
el amor; mas estoy loco.

(1) Ms. *plubiera*.

León. Mal haya quien no te ata.
Fenisa. ¿Somos amigos?
Liseo. ¿Pues no?
Fenisa. ¿Y Marcia?
Liseo. Deja ahora á Marcia,
Fenisa. ¿Y á Laura?
Liseo. Por Dios, señora,
si la nombras que me vaya.
León. ¿Hay borrachera como esta?
entre muelas derribadas
retozando está la risa;
¡qué de ternezas que gastas!
Fenisa. Esta noche voy al prado,
allá Liseo me aguarda.
Liseo. ¿Dónde?
Fenisa. A la huerta del Duque
me hallarás, mi bien, sentada.
Liseo. En Santa Cruz hay gran fiesta.
Fenisa. Pues veréla de pasada;
vete, porque la merienda
á prevenirla me llama.
Liseo. Adios, dulce dueño mío.
Fenisa. Adios, señor de mi alma.
León. Adios, diablo arañador
y engarradora gata.
Cata la cruz, guarda afuera,
no vuelvo más á esta casa
aunque mirando á la cea (1)
zurá mala, en piedra caigas.
(*Vanse Liseo y León.*)
Fenisa. Gallarda condición, Cupido, tengo,
muchos amantes en mi alma caben,
mi nuevo amartelar todos alaben
guardando la opinión que yo mantengo.
Hombres, así vuestros engaños vengo;
guardémonos de (2) necias que no [sa-
ben,
aunque más su firmeza menoscaben,
entretenerse como me entretengo.
Si un amante se ausenta, enoja ó mue-
[re,
no ha de quedar la voluntad valdía,
porque es la ociosidad muy civil cosa.
Mal haya la que sólo un hombre quiere,
que tener uno solo es cobardía;
naturaleza es vana y es hermosa.
(*Sale Lucía, criada.*)
Lucía. Gerardo está allá fuera y quiere hablarte,
y Lauro ha más de una hora que te aguar-
[da.

Fenisa. Sean muy bien venidos; di Lucía
que entre Gerardo y me aguarde Lauro.
Lucía. ¿Tanto estimas la vista destes hombres?
Fenisa. Solo porque me aguardan; ¿no te digo
Lucía, lo que estimo su presencia?
anda no aguarden, di á Gerardo que entre.
Lucía. Notable condición, señora, tienes;
mas no te he dicho cómo cuando estabas
hablando con Liseo, vino Celia,
la criada de Marcia.
Fenisa. Y bien, ¿qué dijo?
Lucía. Saber la causa porque estás extraña
en visitarla.
Fenisa. No me espanto deso;
bien parece, Lucía, que la ofendo,
pues nunca he vuelto á verla desde el día
que le quité á Liseo.
Lucía. Mal has hecho;
mucho disimularas si la vieras.
Fenisa. ¿No tengo cara para ver su cara?
demás de esto, Liseo me ha mandado
que cuanto pueda su visita excuse;
¿qué le dijiste á Celia?
Lucía. Que dormías
la siesta y que más tarde te vería.
Fenisa. Dijiste bien; pues ¿cómo no ha venido
don Juan desde antenoche?
Lucía. Si está malo.
Fenisa. Bien puede ser, irás á visitarle,
más no esta noche, bastará mañana,
que me quiero ir al Prado aquesta noche.
Lucía. Sea como mandares; bravamente
entretienes tu gusto.
Fenisa. Es linda cosa;
los amantes, Lucía, han de ser muchos.
Lucía. Así decía mi agüela, que Dios haya,
que había[n] de ser en número infinitos,
tantos como los ajos que poniendo
muchos en un mortero [reunidos]
salte aquel que saltare, que otros quedan,
que si se va ó se muere nunca falte.
Fenisa. Brava comparación; llama á Gerardo,
que si puedo he de hacerle mi cofrade,
sin que Lauro se escape de lo mismo;
¿en qué parara, amor, tan loco embuste?
diez amantes me adoran, y yo á todos
los adoro, los quiero, los estimo,
y todos juntos en mi alma caben,
aunque Liseo como rey preside;
estos llamen desde hoy, quien lo[s] supiere
los mandamientos de la gran Fenisa,
tan bien guardados que en ninguno peca,
pues á todos los amas y los adora.

(1) Así dice el ms.

(2) Ms. *guárdenos del las.*

Lucía. Entrad, que aquí os aguarda mi señora.

(*Entra Gerardo.*)

Gerardo. Alma de aquella alma ingrata
que en penas mi alma tiene,
á ti me vengo á quejar,
si de mi dolor te dueles;
á ti, estrella de aquel sol,
á ti, pues su amiga eres,
pido que á mi Marcia ingrata
mi fiero dolor le cuentes;
á ti, Fenisa, que mirás
contino su rostro alegre,
porque á mí no quiere oirme,
á ti, que tanto te quiere,
te escuchará más piadosa.

Fenisa. Enternecida me tienes;
conoces que Marcia ingrata
disgusto recibe en verte
y que en otro gusto ha puesto
el gusto que á ti te debe;
sabes que á Liseo adora
y con él casarse quiere,
y tú pasas á su causa
esa pasión que encareces;
mil veces, Gerardo, he dicho,
y tú escucharme no quieres,
que padezco por tu causa
lo que por Marcia padeces,
y por esos ojos juro
adorarte si me quieres,
regalarte si me estimas,
mirar por tu gusto siempre;
que decirle yo á esa ingrata
que tu cuidado remedie,
es pedir al sol tinieblas,
luz á las tinieblas fuertes;
yo te quiero, señor mío;
¿por qué, mi bien, no pretendes
olvidarla, y de mi amor
recibir lo que te ofrece?
sea, mi Gerardo, yo
el templo santo á do cuelgues (1)
la cadena con que escapas
de prisiones tan crueles.
¡Acaba, dame esos brazos!

Gerardo. ¡Calla, lengua de serpiente!
¡Calla, amiga destos tiempos!
¡Calla, desleal, y advierte
que he de adorar á aquel ángel!
Jamás mi fe se arrepiente
de un ángel, de un serafín.
¿Con aquesa lengua aleve

osas hablar, y yo escucho
tal, sin cortarla (1) mil veces?
Por ser mujer Marcia bella
y deber á las mujeres,
sólo por ella[s] respeto,
será mejor que te deje.

Fenisa. ¡Gerardo, Gerardo, escucha!
¡Óyeme, señor, y vuelve,
que con aquesas injurias
amartelada me tienes!

Lucía. Señora, ¿por qué haces esto,
y sin mirar lo que pierdes?

Fenisa. Tienes razón. ¡Ay, Lucía,
enredo notable es éste!
¡Traición en tanta amistad!
Mas, discurso sabio, ¡tente,
que no hay gloria como andar
engañando pisaverdes!

Lucía. Mira que Laura te aguarda.

Félix. Vamos.

Lucía. Temeraria eres.

Fenisa. ¡Calla, que en esto he de ser
extremo de las mujeres.

(*Vanse, y sale[n] Marcia, Belisa y Laura.*)

Marcia. ¡Bravos sucesos, prima, por mi vida!

Belisa. Y tales, que parecen que las fábulas
del fabuloso Isopo se han venido;
Liseo, que mis partes pretendía
en la mar de Fenicia sumergido,
debiendo á Laura su nobleza y honra;
déjalo estar, que si mi poder basta...

Laura. ¡Ay, Marcia! ¡Ay, mi señora, mi mal miral!

Marcia. ¡Calla, amiga, no llores! ¡Calla, amiga,
no has de quedar perdida si yo puedo

Belisa. De don Juan, á lo menos, tú no dudes,
que si quiero casarme aquesta noche
ajustara su gusto con el mío.

Marcia. ¿Ya tan grato le tienes?

Félix. Bueno es eso.

Dice que ya me adora y que reniega
del tiempo que Fenisa y sus engaños
le tuvieron tan ciego.

Marcia. Al fin te quiere.

Belisa. Me adora, me requiebra y pide humilde
la perdone el delito cometido
contra el amor que á mi firmeza debe.

Laura. Dichosa tú que tal ventura alcanzas.

Félix. Yo espero que has de ser también dicho-
[sa.]

Marcia. Mucho gusto me has dado; así yo viera,
pues don Juan te merece que le quieras,
para que cuando Laura con Liseo

(1) Ms. *cuelgas*.

(1) Ms. *contarla*.

se casen, tú y don Juan hagais lo mismo.
Laura. Basta, que piensa mi cruel Liseo
que eres tú, bella Marcia, la que hablas
cada noche en la reja

Marcia. Yo te juro
que él caiga de tal suerte, si yo puedo,
que en lazo estrecho de Liseo goces;
ya te digo, Belisa, á don Juan ama.

Belisa. Prima, don Juan fué siempre de mi gusto,
y así es fuerza que siga tras mi estrella.

Marcia. ¿Sabes, prima, que siento y que me tiene
cuidadosa de ver que no parece
el discreto Gerardo, que te juro
que me siento en extremo descontenta?
Porque viendo, Belisa, los engaños
de los hombres de ahora, y conociendo
que há siete años que este mozo noble
me quiera sin que fuerza de desdenes
hayan quitado su afición tan firme,
ya como amor su lance había hecho
en mi alma en Liseo transformada,
conociendo su engaño, en lugar suyo
apostento á Gerardo, y así tiene
el lugar que merece acá en mi idea.

Belisa. ¡Oh! prima mía, ¡oh! mi señorial dadme
en nombre de Gerardo los pies tuyos.

Laura. El parabién te doy, divina Marcia.

Marcia. Alza del suelo, mi querida prima,
y cree que Gerardo está en mi alma;
toma á tu cargo el que te (1) busque y dile
que ya el amor, doliéndole su pena,
quiere darle el laurel de su victoria,
y que el laurel es Marcia. Vamos, Laura.

Laura. Vamos, señora mía, y quiera el cielo
que goces de Gerardo muchos años.

Marcia. Ésos vivas, amiga, con Liseo.

(*Vanse.*)

Belisa. Dichoso dueño de tu nuevo empleo;
gracias, amor, á tus aras,
á tu templo, á tu grandeza,
á tu divina hermosura,
á tus doradas saetas,
pues ya Marcia de Gerardo
estima las nobles prendas,
¿hay tal bien, hay tal ventura?

(*Sale DON JUAN.*)

D. Juan. Mi bien, mi ventura sea
ver, mi Belisa, tus ojos
— en cuyas niñas risueñas
vengo á gozar de mi gloria.

Belisa. Don Juan, bien venido seas;
¿cómo estás?

D. Juan. Como tu esclavo.

Belisa. ¿Y cómo estoy?

D. Juan. Como reina
de mi alma y de mi vida
y de todas mis potencias.

Belisa. Y Fenisa, mi señora,
¿no me dirás cómo queda?

D. Juan. Sí, amores, que á tu pregunta
es muy justo dar respuesta;
habrá, mi Belisa, una hora
que estando en mi casa, llega
Lucía que de Fenisa
sabes que es fiel mensajera,
á decirme que en el Prado
en medio de su alameda
su señora me aguardaba,
que allí me llegase á verla;
yo fui, no por ofenderte,
sino solo porque seas
de todo punto mi dueño,
que aun faltaba esta fineza;
apenas ví las murallas
de la celebrada huerta
que hizo á la real Margarita
el noble duque de Lerma,
quando vide, mi Belisa,
con Fenisa, esa Medea,
á Lauro, aque se mancebo
que con Liseo pasea;
como ya el señor de Delfos
daba fin á su carrera
y la luna sale tarde,
pude llegarme bien cerca;
oíles dos mil amores
y de sus palabras tiernas
conocí amor en el uno
y en la otra falsas tretas;
quise llegar; no son celos
mi Belisa, sino tenia (1)
mas estorbólo Liseo
que venía en busca de ella
y con él venía León
y sacando la merienda
merendaron, viendo yo
hacerse dos mil finezas;
ellos eran tres, yo solo,
y así estar quedo fué fuerza
si bien el color andaba
riñendo con la paciencia;
como digo, merendaron
y poco á poco dan vuelta
ellos en su compañía

(1) Ms. se.

(1) Así está en el ms.

yo en su retaguardia della;
antes que á casa llegasen,
veinte pasos de su puerta
los despidió, que su madre
siempre por coco la enseña;
así á la calva el copete
y fingiéndole ternezas
llegué diciendo, Fenisa
vengas muy enhorabuena;
fuéme á decir mi don Juan;
yo entonces la mano puesta
en la daga, quise darle.

Belisa. Alma y corazón me tiembla.
¿Distela?

D. Juan. Túvome el brazo
conocer que era mi prenda
y que te han de dar la culpa
sin que tú la culpa tengas.

Belisa. Bien hiciste, que es crueldad;
y á las mujeres de prendas
les basta para castigo

no hacer don Juan, caso de ellas.

D. Juan. Dejé sangrientas venganzas
y para mayor afrenta
con la mano, de su cara
saqué por fuerza vergüenza,
diciendo: así se castigan
á las mujeres que intentan
desatinos semejantes
y que á los hombres enredan;
y siguiendo tras Liseo
le hallé y metí en una iglesia
y le conté este subceso
con razones bien resueltas;
esto ha pasado, señora,
y pues ya Fenisa queda
como merece pagada,
seré tuyo hasta que muera.

Belisa. ¿Es posible (1) que esto has hecho?
es mujer al fin; me pesa;
que no hiciera estas locuras
mi Don Juan, si se entendiera.
Don Juan, ninguna mujer
si se tiene por discreta,
pone en opinión su honor
siendo joya que se quiebra.

D. Juan. Pues si lo fuera Fenisa
esos engaños no hiciera,
pues al fin pone su fama
en notables contingencias;
nunca me quiso creer,
siempre dije que no es buena

la fama con opiniones;
á su condición paciencia.

[*Belisa*] Ya es hecho y por los deseos
con que por vengarme fuerzas
el amor que la tuviste,
darte mil mundos quisiera;
mas pues soy pequeño mundo
corona dél tu cabeza,
que con darte aquesta mano
soy tuyá.

D. Juan. Gloria como ésta
sólo con Marcia es razón
que sé goce.

Belisa. Y será prueba
del oro de tu afición
de mi prima la presencia,
y contarásle ese cuento
que con donaire le cuentas.

D. Juan. Tú me prestas de los tuyos;
vamos, *Belisa*.

Belisa. Quisiera
que buscaras á Gerardo
porque mi prima desea
tratar con él ciertas cosas
de importancia.

D. Juan. Mi bien, entra
y diráse por los dos
lo de César darlo á César.

(*Vanse, con que se da fin á la segunda jornada.*)

JORNADA TERCERA

Sale LAURA sola.

Laura. ¿Qué pecado he cometido
para tan gran penitencia?
¿por qué acabas mi paciencia,
celos, verdugo atrevido?
¿Dime qué es esto, Cupido,
qué gente metiste en casa
que en fiera llama me abrasa?
Bástame, amor la tuya;
no sé qué diga ni arguya
de tu condición escasa;
recíbete en mi posada
por verte niño y desnudo,
ya mi libertad la mudo
con ser de mí tan amada;
díte la casa colgada
de muy rica colgadura,
díte cama de ternura
y colchones de afición
y mandéle á la ocasión
que de ti tuviese cura;

(1) Ms. *pusible*.

ha dos días que aquí entraste;
sin mirar que huesped eras
y de mi afición las veras,
con ausencia te casaste,
toda la casa ocupaste
con sus penas y tormentos
que son de ausencia allegados,
hijos, parientes, criados
que jamás están contentos;
¡celos! ¿qué tienes conmigo?
¿por qué me tratas tan mal?
bástete verme morta,
déjame, fiero enemigo,
¿qué rigor es, qué castigo
es éste en que estoy metida?
ya que estoy muerta y rendida
¿para que contra mí espadas
en tu rigor afiladas,
con que me quitas la vida? (Sale Félix.)

Félix. ¿No sabes lo que pasa?
¡Ay! Félix mío,
el corazón y el alma me has turbado,
que en tu cara te veo que las nuevas
que me vienes á dar no son de gusto.

Félix. Se ha casado con Fenisa.

Laura. ¡Ay! de mí, desdichada, ¡ay! de mí, triste!
esta sospecha misma es la que siempre
me atormentaba el alma.

Félix. Desmayóse.
¡Ah! Laura, ¡ah! mi señora, Celia, Claudia,
llamad á Marcia presto, que se muere
la desdichada Laura. (Sale Belisa.)

Belisa. ¿Qué esto, Félix? Laura, Laura mía.

Laura. ¡Ay, Belisa!

Belisa. ¿Qué tienes?

Laura. Muerte, rabia,
cuidados, ansias y tormentos, celos,
cuyo dolor por sólo que se acabe
será pasarme el pecho el más piadoso
remedio; ¡ay, mi Belisa, ¡ay! que se acaba
la mal lograda vida que poseo!

Belisa. ¿Qué tiene, Laura, Félix?

Félix. ¿Ya no dice
que tiene celos, cuyo mal rabioso
causa esas bascas, como al fin veneno?

Belisa. ¿Celos? acaba, dímelo.

Félix. Ha sabido
que Fenisa y Liseo anoche fueron
á tomarse las manos á la audiencia
del vicario.

Belisa. ¡Jesús, y qué mentira!
eso no puede ser: ¿no sabes, Laura,
lo que pasó á Fenisa con Liseo

y don Juan? no lo cercas; calla, amiga.

Laura. ¡Ay, Belisa del alma! ¡ay, que me acabo!

Belisa. No llores, no maltrates esos ojos,
guárdalos para ver á tu Liseo
en tus brazos, pues ha de ser tu esposo.

(Sale Gerardo.)

Gerardo. ¿Está mi Marcia aquí?

Belisa. Señor Gerardo,
seáis muy bien venido; vamos, Laura,
y llamaré á mi prima.

Laura. ¡Ay, santos cielos,
qué rabioso mal es el de celos!

(Vanse Laura y Belisa, y sale Marcia.)

Gerardo. Dueña del alma mía,
á darme gloria bien venida seas;
de mi gusto alegría,
prenda del corazón que ya hermoscas,
hermosísimos ojos
más bellos que los rayos del sol rojos,
goce yo de tus brazos
ceñir (1) mi cuello tan dichosos lazos.

Marcia. Dulce Gerardo amado,
del alma gusto y de mi gusto empleo,
pues tan dichosa he estado
gozo teniendo en ti todo el deseo.
Con mis brazos recibo
el cuerpo amado en quien por alma vivo,
y tan eternos sean
como las almas de los dos desean.

Gerardo. Este bien que poseo
teme perderle mi contraria suerte,
y así, mi bien, deseo
que estando como estoy venga la muerte,
pues muriera dichoso
entre mis brazos este cuerpo hermoso;
¡ay! divina señora,
tus pasados rigores temo agora.

Marcia. Si por haberte sido
en los tiempos pasados rigurosa
te temes de mi olvido,
no señor, ya mi bien es otra cosa;
ya conozco que gano
en darte como esposa á questa mano;
no temas más enojos.

Gerardo. Alza á mirarme aquesos dulces ojos;
haga eterno los cielos,
esposa amada, este dichoso lazo,
no le adelgace celos
ni le rompa el mortal y duro plazo.

Marcia. Yo la que gano he sido.

Gerardo. Yo, mi bien, en ser de ti querido.

Marcia. Venturosos amores.

(1) Ms. amar.

Gerardo Yo lo soy en gozar estos favores;
si mil almas tuviera,
todas, dulce señora, en ti empleara;
si Rey del mundo fuera,
el cetro y la corona te entregara;
si fuera justa cosa,
mi diosa fuera mi querida esposa;
quisiera ser Homero
para cantar que por amarte muero.

Marcia. Para solo mirarte,
quisiera de Argos los volantes ojos.

Gerardo Yo para regalarte
y darte de riqueza mil despojos,
ya que tal bien poseo,
que el oro fuera igual á mi deseo.

Marcia. Pues yo ser sol quisiera
para darte los rayos de mi esfera;
de todo ser señora,
para hacerte de todo rico dueño;
por recrearte, aurora.

Gerardo Yo para darte gusto, mi fe empeño,
dulce amor, que quisiera
ser la fertil y hermosa primavera,
tierra para tenerte,
y cielo, para siempre poseerte.

(Sale Félix.)

Félix. A llamarte me envía,
divina Laura, Marcia mi señora,
porque háblarte quería,
que de venir Liseo es ya la hora.

Marcia. Vamos, Gerardo amado,
remedemos á Laura su cuidado.

Félix. Fortuna, estate queda
y no des vuelta á tu inconstante rueda.
(Vanse, y sale Liseo.)

Liseo. Vengativo eres, amor,
no hay quien contra ti se atreva,
desdichado del que prueba
de tu venganza y furor;
dejé á Laura que me amaba,
traté á Marcia con engaño
y todo sale en mi daño,
pues ya mi fingir se (1) acaba,
pues, Fenisa, más ingrata
que Medusa y más cruel,
aprieta tanto el cordel
que con tal rigor me mata.
¡Oh, Laura! tus maldiciones
me alcancen, pues sin razón
traté tan mal tu afición,
olvidando obligaciones.
¡Ay, Fenisa! fementida,

mas taimada y embustera.
¡Oh! si Marcia lo supiera
te castigara, atrevida;
¡con qué gusto me engañaba!
¿Hay mas extraño fingir?
casi me mueve á reir
ver el engaño en que estaba;
si Laura no hubiera dado
santo fin á su afición,
cumpliera mi obligación
á su firmeza obligado;
ya, pues, Laura, se acabó,
será Marcia mi mujer,
cuyo entendimiento y ser
con extremo me agradó;
el reloj da; doce son;
en cuidado me ha metido
viendo como no ha salido
á esta hora á su balcón;
¿mas, si sabe alguna cosa?
que ya me ha dicho Fenisa
que don Juan ama á Belisa,
de mi Marcia prima hermosa;
mas ya veo en el balcón
que mi sol hermoso sale;
alma, adelántate y dale
nuevamente el corazón.

(Salen á la ventana MARCIA y LAURA, y MARCIA finge ser BELISA.)

Marcia. Ten ánimo, prima amada,
deja esos cansados celos,
que antes de mucho los cielos
te harán de todo vengada.

Laura. ¡Ay, Marcia!

Marcia. Jesús, ¿qué dices?

Laura. Belisa me has de llamar;
estoy tan triste que hablar
no puedo.

Marcia. Mucho desdices
de quien eres; ¿qué es aquesto?

Liseo. Marcia mía, ¿cómo estás?
habla, mi bien, que jamás
en tal confusión me has puesto;
¿qué es esto? ¿callando quieres
aumentar más mi cuidado?

Marcia. Lisonj .s has estudiado,
bien lo dices, lindo eres;
á Marcia habemos tenido
por saber cierto cuidado,
tuyo, que lástima ha dado
verla una hora sin sentido.

Liseo. ¿Cuidado mío, Belisa,
cuando el alma, vive en tí?
¡Ay Dios! si sabe, ¡ay de mí!

(1) Ms. *fingirte*.

la voluntad de Fenisa;
 matarme será favor
 en desdichas semejantes.

Marcia. Nunca matan los amantes,
 que es padre piadoso amor.

Liseo. Marcia mía, ¿qué pretende
 tu crueldad? dime tu pena,
 que mi voluntad y espada
 sabrán vengarte.

Belisa. No enfada,
 que es padre que al hijo ofende.

Laura. Cansada barca mía,
 pues ya á seguirte la tormenta empieza
 y tan sin alegría
 surcando vas por mares de tristeza,
 despidete (1) del puerto
 en quien pensaste descansar muy cierto
 y dile adiós, ingrato,
 que no puedo sufrir tu (2) falso trato;
 de tus falsos engaños
 me alejo, desleal, no quiero verte,
 y en la flor de mis años
 quiero rendirme á la temprana muerte;
 sigue tras tus antojos
 por quien son ríos de llorar mis ojos,
 que yo pienso dejarte
 y recogerme á más segura parte;
 tirano, no son celos,
 aunque pudiera dármelos Fenisa;
 no quiero mas desvelos,
 vamos, prima, de aquí, vamos, Belisa.

Liseo. Marcia divina, escucha.

Laura. No puedo, falso, que mi pena es mucha.

Liseo. Asi tus años goces
 que no te aflijas, llores, ni des voces.

Laura. Cierra esa infame boca
 que no es quimera, no, traidor, mi queja.

Marcia. Está de pena loca;
 prima querida, esas razones deja,
 basta, por vida mía.

Laura. Déjame, prima, aparte [te] desvía.

Liseo. Ea, mi cielo, acaba,
 que miente quien te ha dicho que la ama

Laura. Aquesa ingrata veas [ba].
 hacer favores á quien más te ofende;
 de ella olvidado seas.

Liseo. Hermosa Marcia, mi disculpa entiende.

Laura. Y cuando más te quiera,
 muerte cruel entre tus brazos muera,
 y si es aborrecida
 en tu poder alcance larga vida. (Vase.)

(1) Ms. *despidote*.

(2) Ms. *su*.

Liseo. Tenla, hermosa Belisa.

Marcia. No la puedo tener, que va furjiosa.

Liseo. ¡Oh! mal hayas, Fenisa,
 que asi estorbes mi suerte venturosa.

Marcia. Bien dijo quien decía
 mal haya la mujer que en hombres fia.

Liseo. Belisa, mortal quedo.

Marcia. ¿En qué vendrá á parar tan loco enredo?
 Una mujer celosa
 es peor que la víbora irritada (1),
 pero haz una cosa
 si quieres que yo pueda confiada
 tratar aquestas paces
 y decirle el favor que tú la haces;
 promete ser su esposo
 y amansarás su rostro desdeñoso,
 en un papel firmado
 en que diga: prometo yo, Liseo,
 por dejar confirmado
 con mi amor y firmeza mi deseo
 ser, señora, tu esposo,
 pena de que me llamen alevoso;
 con que podré segura
 hacer por ti lo que mi amor procura.

Liseo. Si hiciera, ¿más ahora
 cómo podré escribir eso que pides?
 da una traza, señora,
 pues tu favor con mis deseos mides.

Marcia. Allégate á la puerta,
 que por servirte al punto será abierta;
 enviaréte un criado
 mientras veo si Marcia se enternece,
 y te dará recado
 para que escribas, pues tu suerte (2) ofrece
 que dichoso poseas
 en matrimonio la que más deseas.

Liseo. Ve, señora, al momento,
 que no me da mi pena sufrimiento.

(Vase Marcia y sale León.)

León. ¡Gracias á Dios que te hallol
 Por Dios, que vengo molido;
 ¿hay quien me socorra acaso
 con algún trago de vino?
 Sudando estoy ¿no me ves?
 tiente, que por Jesucristo
 que no he parado esta tarde,
 buscándote, señor mío;
 ¡válgame Dios lo que anduve!
 no he dejado ¡por! Dios vivo!
 tabernas ni bodegones
 donde no entrase mohino.

(1) Ms. *tiçada*.

(2) Ms. *suerte te*.

Preguntaba en las despensas:
 ¿señores, acaso han visto
 entre los cueros honrados
 un amo que yo he tenido?
 Llegué á casa de Fenisa
 y halléla con tanto hocico,
 tanto, que en solo mirarla
 dos muelas se me han caído,
 que éstas solas me quedaron
 de cuando que estás mohino;
 parece que no te agrado
 con estas cosas que digo.
 No me habló y llegué á Lucía,
 antiguo cuidado mío,
 y miróme carituerta
 y con el rostro torcido;
 al cabo de mil preguntas
 muy enojada me dijo
 que don Juan á su señora...
 ¿has el suceso sabido?
 también estás enojado;
 si quieres al atrevido
 que entre los dos le paguemos
 el merecido castigo,
 vamos, que yo le daré,
 pues hizo tal desatino,
 lo que merece; ¿hay tal cosa?
 miren que ceño maldito.
 ¿Acábase el mundo, acaso
 es venido el Antecristo?
 que vive Dios que parece
 hoy al miércoles corvillo.
 ¡Jesús! mil veces ¿hay tal?
 ¿has el juicio perdido?
 ¿Qué tienes?

Liseo. ¡Ay, mi León!

León. ¡Ay, Jesús, y qué suspiro;
 Dios me ha hecho mil mercedes
 de estar en la calle!

Liseo. Amigo,
 ¿por qué causa? que la casa
 con él se hubiera caído.

León. ¿Qué tienes? ¿Has hecho acaso
 algún terrible delito?
 ¿Búscate algún alguacil?
 ¿viene el día del Juicio?

Liseo. ¡Ay, León! ¡ay, fiel criado!
 muerto soy, yo soy perdido.

León. ¡Ay, señor de mis entrañas,
 que me has quitado el sentido,
 perdidonos, que aquí estás
 muerto; yo te veo vivo!
 Yo no sé lo que te tienes,

¿dónde está tu regocijo?

Liseo. Ya, León, ya se acabó,
 ya soy con todos malquistó.

León. Si acaso has dicho verdades,
 no me espanto, que este siglo
 la aborrece en todo extremo.

Liseo. Marcia, León, ha sabido
 la gran traición de Fenisa
 y mi altanero sentido,
 y más brava que leona
 dos mil injurias me ha dicho,
 y sin oír mi disculpa
 de aquí furiosa se ha ido.

León. ¿Eso es no más? Lleve el diablo
 tus terribles desatinos,
 ¡vive Cristo! que en las calzas
 he criado palominos;
 miren qué traición al rey,
 ¡por Dios santo! que me río.
 Calla, que (1) eres mentecato,
 dime ¿dónde está tu brío?
 Hay mil mozas en la corte,
 entre quince y veinte y cinco,
 que sólo porque las quieras
 te traerán siempre en palmitos.

Liseo. A esta sola, León,
 es la [que] quiero y estimo.

León. Y si te doy un remedio
 ¿qué me darás?

Liseo. Cuanto estimo,
 cuanto yo tengo y poseo
 y el naranjado vestido.

León. Pues sabe que una mujer,
 de aquestas que chupan niños,
 me dió para cierto caso
 una receta de hechizos;
 no sirvió, porque mi moza,
 muy arrepentida, vino
 á rogarme una mañana
 con dos lonjas de tocino.
 Guardéla con gran cuidado
 aquí en este bolsillo.
 Sal acá.

Liseo. ¿No pareció?

León. Sí; los cielos sean benditos,
 ¿quieres oírlo?

Liseo. ¡Ay, León,
 si aprovechara te digo!

León. Claro está, que yo la di
 en cierto caso á un amigo
 que su mujer padecía

mal de madre, y ella hizo
y vió milagros con ella.

Liseo. ¡Hay, tan cruel desatino!
Pues si es para enamorar,
¿cómo sanarla ha podido?

León. Eso es ello, que es tan fuerte,
que aunque le costó infinito
al fin sanó la mujer,
porque el ensalmo es divino.

Liseo. Dila, aunque me cueste un mundo.

León. Pues está atento un poquito.
¡Ay Dios, si te aprovechase!
porque me des el vestido.
Un corazón de araña al sol secado
y sacado en creciente de la luna,
tres vueltas de la rueda de fortuna
cuando tenga á un dichoso levantado.
Esto ha de ser con gran primor mojado
en el licor de aquella gran laguna
donde por ser Salmazis importuna,
fué Eco en hermafrodito trocado
en sangre de Anteón, muy bien cocido,
revuelto en quejas de los ruiseñores,
y entre pelos de rana conservado.
Cuando fueres tratado con olvido,
sahuma con aquello á tus amores
y serás de tus penas remediado.

Liseo. Vive Dios, que est y por darte
cien coces; cuando mohino
me ves, me cuentas alegre
tan terribles desatinos;
cuando estoy desesperado,
dices...

León. Vive Dios, que he sido
en todas las ocasiones
muy desgraciado contigo.
Entreténgote y te pesa;
¿no sabes que los hechizos
tienen la misma virtud
que en esta memoria has visto?
cuando es uno desdichado
en todo tiene prodigios.
Verá el diablo por que tanto
me véo ya despedido
de vestirme como Judas
de aquel vestido amarillo.

Belisa. Cé, Liseo. (Sale Belisa á la puerta.)

Liseo. ¡Norte mio!

Belisa. Que lo soy, cierto confío;
entra y escribe.

Liseo. Ya voy;
[mira que] tu esclavo soy.

León. No entiendo tu desvario.

Entrate, pues yo me voy,
que con calentura estoy
después que entro en una ermita,
ya que esta pasión se quita
con dormir.

Liseo. De Marcia soy;
di, Belisa, ¿qué hace ahora?

Belisa. ¿Quién?

Liseo. Mi Marcia.

Belisa. Gime y llora
tu engañoso proceder.
Liseo. En ella mi alma adora.
Belisa. Laura será tu mujer
á quien [es] tu fe deudora,
que si engañando has vivido
y de ti engañada ha sido,
hoy tu engaño pagarás,
y por engaño serás
á tu pesar, su marido.
(Vase Belisa, y salen Fenisa y Lucía.)

Lucía. Como te cuento, he sabido
este caso.

Fenisa. Al fin don Juan
es de Belisa galán
y por ella le he perdido.

Lucía. Días y noches está
entretenido en su casa,
señal que su (1) amor le abrasa
y que olvidándote va.

Fenisa. Cuando antenoche le ví
tan vengativo y furioso,
no le culpé por celoso,
y porque la causa fui.
Mas viendo que no ha tornado,
cònozco que fué venganza,
y más era su mudanza
que su grande desenfado.
Belisa lo mandaría
y por eso se atrevió.

Lucía. Eso no lo dudo yo.

Fenisa. No hay que dudar, mi Lucía,
ya parece que Cupido
ofendido de mí está,
y á todos mandando va
que me traten con olvido.
Tres días ha que Liseo
ni me visita, ni escribe,
D. Juan con Belisa vive,
y sola males poseo;
don Juan con Belisa amigo,
habiendo por mí olvidado
su amistad.

(1) Ms. á su.

Lucía. Caso pesado
de tu condición castigo,
pues del amor te burlabas
y á tu servicio admitías
á todos cuantos querías,
puesto que á ninguno amaba[s].

Fenisa. ¿A ninguno? por los cielos,
que á todos quiero, Lucía,
á todos juntos quería;
si no, míralo en mis celos.

Lucía. Pues no te osaba decir
cómo ya Marcia y Liseo
se gozan.

Fenisa. ¡Ay de mí! creo (1),
que estoy cerca de morir;
¡Marcia y Liseo! ¿hay tal cosa?
y Belisa con don Juan
bien concertados están. (*Llora.*)

Lucía. Ella es historia donosa;
no llores.

Fenisa. Yo he de vengarme
Lucía, no hay que tratar;
yo los tengo de matar,
no tienes que aconsejarme.

Lucía. ¿A todos?

Fenisa. A todos, pues.

Lucía. Jesús.

Fenisa. No te escandalices.

Lucía. Mira, por Dios, lo que dices.

Fenisa. Calla, y lo verás después.
Dame mi manto, Lucía,
y toma el tuyo, que quiero
ver á Liseo la cara.

Lucía. Míralo mejor primero,
y no te arrojes, por Dios,
que el daño después de hecho
aunque quieras (2) remediarle,
no tiene ningún remedio.

Fenisa. Trae los mantos, esto pido,
que no te pido consejos,
porque tal estoy, Lucía,
que ya no son de provecho.

Lucía. Con todo quiero pedirte
que escojas uno de aquestos
y no traigas tantos hombres
danzando tras tu deseo.

Fenisa. Es imposible, Lucía,
proseguir, que es desvarío
quererme quitar á mí
que no tenga muchos dueños;
estimo á don Juan, adoro

á mi querido Liseo,
gusto de escuchar á Lauro
y por los demás me pierdo;
y si apartase de mí
cualquiera destes sujetos,
quedaría despoblado
de gente y gusto mi pecho:
acaba, ¿no traes el manto?,
que estoy rabiando de celos. (*Vase.*)

Lucía. Ya voy.

Fenisa. Camiña, que amor
venganza me está pidiendo.
Si mi amor, un alma porque tiene
sufrimiento en sus penas y tormentos,
yo, amor, que amando á muchos mu-
cho (1), siento;
no es razón que tu audiencia me condene;
razón más justa, amor, será que peñe
la que tiene tan corto pensamiento
que no caben (2) en él amantes (3) ciento
y amando á todos juntos se entretiene;
si quien sólo uno ama premio espera,
con más razón mi alma le merece,
pues tengo los amantes á docenas.
Dámele, ciego Dios, y considera
si con uno [tan] sólo se padece,
yo padezco con tantos (4) muchas penas.
(*Sale Lucía.*)

Lucía. Lauro te quiere hablar si gustas dello;
A la puerta abriré (5) que están llamando.

Fenisa. Jesús, Lucía, ¿pues á Laura niegas
la entrada, pues la tiene ya en mi alma?

Lucía. Como estás disgustada, yo creyera
que te faltara gusto (6) y desenfados
para engañar á todos, como sueles.

Fenisa. ¿Qué cosa es engañar? Ya yo te he dicho
que á todos quiero y á ninguno engaño.

Lucía. ¿Pues cómo puede ser que á todos quie-
[ras?]

Fenisa. No más de como es. Vé y abre á Lauro,
y no quieras saber, pues eres necia,
de qué manera á todos los estimo;
á todos cuantos quiero yo me inclino,
los quiero, los estimo y los adoro;
á los feos, hermosos, mozos, viejos,
ricos y pobres, sólo por ser hombres.
Tengo la condición del mismo cielo,
que como él tiene asiento para todos
á todos doy lugar dentro en mi pecho.

(1) Ms. *muchos.*

(2) Ms. *acaben.*

(3) Ms. *amante.*

(4) Ms. *tanto.*

(5) Ms. *abriré á la puerta.*

(6) Ms. *gustos.*

(1) Ms. *que creo.*

(2) Ms. *quieren.*

Lucia. También en el infierno hay muchas sillas y las ocupan más que no en el cielo; según esto serás de amor infierno, que si allá van los hombres por delitos, también vienen á ti estos pecadores por los que ellos cometen cada día.

Laura. Deja quimeras; llama á Lauro, necia, que yo soy blanco del rapaz Cupido.

Lucia. Entrad, Lauro; ya viene; al cielo ruego que no te quedes, como pienso, en blanco.

(*Entra Lauro.*)

Lauro. ¿Cómo tan sola, Fenix de hermosura? más será por decir que sola eres del mundo asombro y de belleza reina.

Fenisa. Basta, Lauro, lisonjas. No me quieres, pues conmigo las gastas sin pedir las.

Lauro. Pluguiera (1) á Dios, Fenisa, no quisiera como quiero, pues es tan sin remedio.

Fenisa. ¿Pues cómo sin remedio, Lauro mío?

Lauro. ¿Tuyo, Fenisa? pues si yo tuyo fuera, no viniera á decirte lo que vengo.

Fenisa. ¿Díceslo por Liseo? ¿No te he dicho que pidas á Liseo que me deje? Mas dí, Lauro, á qué vienes, y perdona que no me siento, porque estoy de paso, que voy á ver á Marcia.

Lauro. No hay conmigo cumplimientos, señora; acá me envía Liseo, á que te diga que te cansas con recados, mensajes y papeles, gastando el tiempo en cosas sin remedio; dice que (2) aquella noche que en el Prado contigo estuvo, apenas te apartaste cuando llegando á San Felipe, llega don Juan, un caballero que conoces, y le pidió le oyese dos palabras, en las cuales le dijo que tú eras por cuyo amor dejó á Belisa, prima de la gallarda Marcia, amiga tuya; que de la misma suerte salteaste á su amor, como el suyo desta dama; también le dijo cómo aquella noche en el Prado, á tu causa, perder quiso con Liseo la vida y aun la honra, mas viendo que la culpa tú la tienes, tomó como tú sabes la venganza, y le contó lo que decir no quiero, que bastan los colores de tu cara sin que yo saque más; al fin, Liseo dice que te (3) entretengas en tus gustos,

pues son tan varios, y que de él no espere otra cosa jamás; yo, que te amaba, [res no te aborrezco, mas al fin te dejo; yo voy, pues lo permiten tú y los cielos, á llorar y sentir aquestos celos. (*Vase.*)

Fenisa. Lauro, Lauro, escucha, espera. ¿Fuese?

Lucia. Sí, ¿mas qué pretendes en tantos males hacer?

Fenisa. Dame el manto y no me dejes, que ya no puedo, Lucía, sufrir los males presentes; yo me tengo de perder.

Lucia. Alto, las armas previene, que yo me pondré á tu lado haciendo lo que tú hicieres: buena te ponen los hombres, pero no es mucho que penes, que dar gusto á tantos hombres imposible me parece.

Fenisa. Deja las burlas, Lucía.

Lucia. Ya veras llamarlas puedes las que dan tanto pesar, y si por burlas las tienes, no hay sino tener amantes y sufrir lo que viniere; burlas, yo las doy al diablo. Señoras, las que entretienen, tomen ejemplo en Fenisa; huyan destos pisa verdes.

Fenisa. Acábate de cubrir; Lucía, pesada eres; cuando rebentando estoy con gracias te desvaneces. (*Vase.*)

Lucia. Camina, señora mía; digan señoras, ¿no miente en decir que quiere á todos? cosa imposible parece; mas no (1) quiera una mujer que vive mintiendo siempre pedir verdad á los hombres; necias serán si lo creen. (*Vase.*)

(*Salen Belisa y León.*)

León. ¡En casa, y sola!

Belisa. ¿Esto te ha espantado?

León. ¿No quieres que me espante de una dama moza, gallarda y de tan nobles partes, día de San Miguel, y sola en casa, cuando aún las más bobillas toman vue-
[lo?

Belisa. Mira, León, cuando una mujer ama, ni busca fiesta, ni visita plazas,

(1) *Plubiera.*

(2) *Ms. que en.*

(3) *Ms. me.*

(1) *Ms. no que.*

León. pasea calles, ni pretende fiestas.
Tienes razón; cuando una mujer ama;
mas tengo para mí que no hay ninguna,
y si la hay, es sola, como fenix.

Belisa. Pues esa fenix sola en mí la miras.

León. Está ya tal el mundo, que es milagro
poder en él vivir; está perdido,
porque ya las mujeres destos tiempos
tienen unos de gusto, otros (1) de gasto,
y el marido que coja clavellinas
que cría medellín y el rastro cría.

Belisa. Esas tales, León, no son mujeres;
sucias harpias son, confuso infierno
donde penan las almas destos tristes.

León. Grandes son los pecados destos tiempos
si aquesos son infiernos como dices,
pues no habiendo criado Dios más que
ahora vemos en el mundo tantos. [uno,

Belisa. ¿Tantos hay?

León. Infinitos.

Belisa. No te espantes
que como son los gastos sin medida
procuren las mujeres quien lo gaste,
y si con la razón lo miras todo,
también los hombres tienen cien mujeres
sin querer á ninguna.

León. ¿Cien (2) mujeres?
¿Y cuál es el ladrón que tal tuviera?
vive Dios, que es bastante sola una
á volver viejo un hombre, y tu me dices
que hay ninguno que tenga tanta carga;
y si engañan, los hombres aprendieran(3)
de los engaños que hay en las mujeres;
cierto amigo me dijo que había dado
al desdichado mundo por arbitrio,
que pidiese en algunos memoriales
á los dioses remedien sus desdichas
y los gastos pesados que se usan.

Belisa. Díme aqueso, León.

León. Pues ¿no lo sabes?
Aguarda y lo diré, si estás atenta.

Belisa. Dáme, León, de aquesas cosas cuenta.

León. Después que pasó
de la edad dorada
la santa inocencia
y la verdad santa,
cuando las encinas
la miel destilaban,
y daba el ganado
hilos de oro y plata,

ofrecían los prados
finas esmeraldas
y la gente entonces
sin malicia estaba,
en esta de hierro
tan pobre y tan falta
de amistad, pues vive
la traición malvada,
son los males tantos,
tantas las desgracias,
que se teme el mundo
de que ya se acaba.
En la sacra audiencia
con su larga barba
pidiendo justicia
entró una mañana;
el sacro auditorio
oyó su demanda
y le dió licencia
para reátarla;
lo primero pide
que justicia se haga
de los lisonjeros
que en la corte andan;
con esto que pide
muchos amenaza.
¡Ay de los que sirven!
perderán la gracia
y que á la mentira
descubran la cara,
porque el nombre usurpa
á la verdad santa;
que declare el uso
cómo y donde halla
los diversos trajes
con que al mundo engaña;
á quien tras los cuellos
que bosques se llaman,
tanto en la espesura
como en ser de caza,
guedejas y rizos
de las bellas damas,
puños azulados,
joyas, cintas, galas;
á los hombres dicen
que vistan botargas
como en otros tiempos
los godos usaban;
que á las damas manden
que por galas traigan
las cofias de papos
de la infanta Urraca;
que en la roparía

(1) Ms. y otros.²

(2) Ms. con.

(3) Ms. aprende:án.

acorten las faldas
de aquestos jubones
ya medio sotanas,
y que de las tiendas
las busconas salgan
para que no pelen
los que en ellas andan;
que á los coches pongan
corozas muy altas
por encubridores
de bajezas tantas;
pide á ciertas brujas
que en nombre de santas
en la corte viven,
que de ella salgan,
porque solo sirven
de vender muchachas
y chupar las bolsas
con venturas falsas;
pide á mil maridos
que miren su casa
para ver si hay
varas encantadas
con que sus mujeres
oro y tela arrastran
dando á los botones
por honesta causa;
pues de los poetas
mil cosas ensarta,
mas yo no me meto
en contarte nada;
doy al diablo gente
que al amigo mata
si toma la pluma
con no ser espada.

Belisa. Ya sabes León
que al león señalan
por rey de las fieras
que en el campo andan,
y sabrás también
que le da cuartana
con que su fiereza
humilla y abaja.

León. Pues ¿no he de saberlo
si á su semejanza
traigo la cabeza
siempre cuartanaria?

Belisa. Pues estando un día
su crueldad y rabia
al dolor rendida
del mal humillada,
entró á visitarle
con la vista airada

el soberbio lobo
de malas entrañas;
éste con la zorra
trae guerra trabada,
y así por vengarse
este enredo traza.
Si tu majestad,
señor, quiere traiga
la piel de la zorra
al cuerpo pegada;
yendo á entrar la zorra
oyó estas palabras,
que fueron aviso
para su venganza;
aguardó que el lobo
la dejase franca
la anchurosa cueva
del león morada;
con el rostro humilde
entró, mas no osaba
llegarse al león
temerosa y cauta;
dijole el león;
¡Ay, amiga cara!
esa piel (1) me han dicho
que conmigo traiga
y tendré salud.
La zorra humillada
le dice: señor,
tu pena restaura
si en este remedio
tu mal se repara,
mas mi pellejuelo
aunque tenga gracias,
es tan pequenito
que aun un pie no tapa;
si fuera el del lobo
tiene virtud tanta
que solo en tocarle
la vida se alarga.
Dejóla el león
mas al lobo aguarda
y en llegando cerca
echóle la garra,
quitósele todo,
solo le dejara
la cabeza al triste
y las cuatro patas;
salió el pobre lobo
con tan grandes ansias
que con el dolor
mil aullidos daba;

(1) Ms. *por el*.

estaba la zorra
contenta y ufana
mirando el suceso
de una peña alta,
y con voz risueña
desenvuelta y clara
dijo: caballero,
vuelva acá la cara
el de los zapatos,
guantes y celada;
si os veis otra vez
con personas altas,
contad vuestras cosas,
las demás dejaldas;
sabed que no medra
quien en corte habla;
¿entiendes, León?
pues si entiendes, calla.

León. Muy bien te he entendido,
mas callarme mandas;
tengo el arca chica,
todo me embaraza;
¡ay Dios! que reviento
si callo, me matas,
¡que imposible cosa!
¡oh que ley sellada!
no hay torno de monjas
con andar cual anda,
como aquesta lengua
tan libre y tan larga;
no hubiera ignorantes
si todos callaran;
mas don Juan es éste.

Belisa. Pues si es don Juan, calla.
(*Sale don Juan.*)

D. Juan. Dulce Belisa, ¿aquí estás?

Belisa. Aquí estoy, amada prenda,
esperando á ver tus ojos.

D. Juan. Pues ya vengo á que me veas
y me mandes como á esclavo.

Belisa. ¿Quién es quien queda á la puerta?

D. Juan. Gerardo, señora mía.

Belisa. Gerardo, ¿por qué no entras?

Gerardo. Por dar lugar á don Juan.

Belisa. No ofenderá á tus orejas
oir hablar dos amantes.

Gerardo. Antes oírlos me alegra.

Belisa. Espera, ¿qué ruido es este?

Lucía. Camina, señora, allega,
don Juan está con Belisa.
Famosa ocasión es esta.

Fenisa. Traidor ¿en aquesta casa
he de hallarte, cuando dejas
mi voluntad ofendida,

mi rostro lleno de ofensas?
¡vive Dios, que he de quitarte
con estas manos, con estas
esa infame y falsa vida!

Belisa. Paso, Fenisa, ésta queda,
que tiene en corte parientes
que por el contrato vuelven.

Fenisa. Belisa, apártate á un lado,
no des lugar que te pierda
el respeto, y que te diga
que fué por tu gusto hecha
en mi persona venganza.

Belisa. Mientes, villana grosera.

Fenisa. Ahora verás quién soy.

León. Igual está la pendencia;
una á una.

D. Juan. ¿Hay caso tal?
esta es mucha desvergüenza,
Fenisa.

León. Déjalas, calla,
diremos, viva quien venza,
si viniesen á las manos;
tú, Lucía, estate queda,
¡oh, vive Dios! que los ojos
allá al cogote te meta
de una puñada.

Lucía. Está quedo.
(*Sale Marcia.*)

Marcia. ¿Qué es esto, qué grita es esta,
Fenisa, pues tú en mi casa
loca y atrevida llegas
y con mi prima te pones
en iguales competencias?
Vuelve en ti, que estás sin seso.

Fenisa. Marcia, no puede mi ofensa
dejar la venganza.

Marcia. Quita,
¿qué venganza? si tuvieras
tu juicio, ante mis ojos
en tu vida parecieras;
quita, prima, que es infamia
que con mujer tan resuelta
te pongas.

Belisa. Déjame, prima.

León. ¡Por Dios! que si no viniera,
ellas, con hermoso brío,
se asían de las melenas.

Fenisa. Esa es discreta razón,
Marcia, que niegue tu lengua
la obligación á mi amor.

Marcia. ¿Hay desvergüenza como ésta?
¿tu amistad, tu amor? no digas,
Fenisa, aquea blasfemia,
sino dime á que has venido,

Fenisa. A quejarme que consientas
que don Juan hable á tu prima
siendo mi esposo.

D. Juan. Que mientas
en cosa que tanto importa,
¡Por Dios, Fenisa, me pesa!

Liseo. Si quien viene arrepentido
tiene de hablarte licencia,
escúchame, bella Marcia.

Gerardo. ¿Qué es esto, mi Marcia bella?

Marcia. Ten ánimo y no desmayes
aunque más subcesos veas,
Liseo, pues tras Fenisa
te vienes á mi presencia.

Liseo. ¿Yo tras Fenisa, señor?,
si tal vengo, con aquesta
espada á traición me maten.

Fenisa. Ya que descubierto queda
todo el engaño, Liseo,
¿por qué tús ojos me niegas?
vuelve á mirar á Fenisa.

Liseo. De Marcia soy, no pretendas
estorbar mi casamiento.

Laura. Eso será cuando quiera
Laura la licencia darte.

Liseo. ¡Cielos! ¿qué visión es esta?
Laura, ¿no eras religiosa?

Laura. No, Liseo, que fué treta
de Marcia, para engañarte
y dar remedio á mi pena;
no te enfades ni te enojas,
yo he sido la que en las rejas
te habló, fingiendo ser Marcia,
y porque mejor lo creas
¿esta firma es tuya?

Liseo. Sí,
porque aunque negarla quiera
es Belisa buen testigo,
pues ella me mandó hacerla.

Marcia. Liseo, cosa imposible
es apartar lo que ordena
el cielo; pues Laura es tuya,
por mí tu mano merezca.

Fenisa. Liseo, pues eres mío,
lo que haces considera,
cumple con mi obligación.

Marcia. ¿Qué ha de cumplir? Calla, necia,
que sólo por ser mujer
no te echo por la escalera.
¿Dudas, Liseo, que es esto?
Pues para que ejemplo tengas,
mira cómo doy mi mano
á Gerardo, porque sea

premiada su voluntad.

Gerardo. De rodillas en la tierra
la recibo, Marcia mía;
al fin venció mi paciencia;
¡bien empleados trabajos!
Liseo. Laura, mi ventura es esta.

Laura. No dirás sino la mía.

Liseo. Esta es mi mano, y con ella
el alma, pues, será tuya.

Fenisa. ¡Que aquesto mis ojos vean!
Dame la mano, don Juan,
pues quiere el cielo que sean
tuyas mis humildes partes.

D. Juan. Di á Belisa que consienta
en ello.

Fenisa. Solo tu gusto,
Don Juan, puede hacerte fuerza.
Acaba, dame tu mano.

Belisa. Desvíate á un lado, necia,
que don Juan no ha de ser tuyo
mientras el cielo me tenga
viva, porque es ya mi esposo.

D. Juan. Yo soy, Belisa discreta,
el que gano en tal partido.

León. Lucía, no te detengas,
dame de presto esa mano,
que según Fenisa queda
pienso que ha de asir de mí,
y no quiero ser con ella
otro signo Capricornio,
pues soy león en fiereza.

Lucía. Tuya soy, León amado,
pero yo no tengo hacienda,
y si eres bravo, ¿qué haremos
si no comemos arena?

León. Remédialo tú si puedes.

Lucía. Yo tengo cierta receta
para hacer los bravos mansos.

León. ¿Y si lo soy habrá renta?

Lucía. Renta, coches y criados.

León. Pues alto, usaremos della,
que en la corte no se vive
si no es con trazas como estas.

Fenisa. Todos habéis sido ingratos
á mi favor y finezas.
Justicia, cielos, justicia
sobre aquesta casa venga.

Marcia. Fenisa, tus maldiciones
que nos alcancen no creas,
pues de tu mal naide tiene
la culpa, sino tú mesma.
Las amigas desleales
y que hacen estas tretas,

pocos son estos castigos;
consuélate y ten paciencia.

Liseo. Con esto, senado ilustre,
justo será que fin tenga
la traición en la amistad,
historia tan verdadera
que no ha un año que en la corte
subcedió como se cuenta.

León. Señores míos, Fenisa,
qual ven, sin amantes queda;
si alguno la quiere, avise
para que su casa sepa.

FIN DE «LA TRAICIÓN EN LA AMISTAD.»

Alabado sea el Santísimo Sacramento y la limpia y pura Concepción de la Virgen sin mancilla, concebida sin mancha de pecado original.

Doña María de Zayas.

ZIAÑO Y VEGA (TERESA).

918.—Liras á San Pedro Alcántara:

Publicadas en los *Triunfos gloriosos, epitalamios... en la canonización de San Pedro Alcántara.*—Madrid, 1670.

ZORITA DE ESQUIVEL (CATALINA).

919.—Al glorioso Arcángel San Miguel.
Octava:

El ánimo benigno y amoroso...

Triunfo del gloriosísimo Arcángel y Príncipe del Cielo, San Miguel. Poema heroico, compuesto por Miguel Gonçalez de Cunedo.—Impresso en Origuëla, por Agustín Martínez. Año 1626.

ZUAZO (D.^a ANA DE).

Natural de Madríd. Perteneció á la cámara de la reina D.^a Margarita, mujer de Felipe III.

Fué elogiada por Lope de Vega en estos versos de su *Laurel* (silva VIII).

Entre las ninfas bellas
de tus riberas, noble Manzanares,
que fueron al nacer sus propios lares,
hallaron á Doña Ana de Zuazo,
donde con tierno abrazo
se juntaron las gracias y las Musas
en copias tan difusas
que como suele la rosada aurora
cuando con áurea boca el campo dora
vertiendo esmaltes en sus verdes velos,
hablaba flores y cantaba cielos,
dando á las aves que despierta el día
materia de armonía,
y á los hombres científicos sujeto
de admiración y celestial conceto.

Salas Barbadillo la dedicó su *Corrección de vicios en que Boca de todas verdades toma las armas contra la malicia de los vicios.*—(Madrid, por Juan de la Cuesta, 1615.)

ZÚÑIGA (D.^a FRANCISCA DE).

Mujer que fué del Lic.^{do} Antonio de Baeza, Contador de S. M., y madre de D.^a Francisca de Zúñiga, beata penitenciada por luterana en el auto de fe celebrado en Valladolid, año 1551, contra Agustín Cazalla y sus sectarios; la condenó el Santo Oficio á cárcel perpétua y confiscación de bienes.

920.—De aquella hay una carta muy interesante, dirigida al Arzobispo Carranza, en la que se lamenta de la deshonra que sufrían su hija y familia por haber salido al auto de fe.

Consérvase original con el proceso de Carranza en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

ZÚÑIGA (D.^a JUANA DE).

Estuvo casada con el ilustre poeta D. Hernando de Acuña, quien falleció en Granada, el año 1580, cuando litigaba sobre la sucesión al condado de Buendía. D.^a Juana, pensando con razón que las obras de su marido no debían quedar inéditas, se decidió á im-

primirlas y obtuvo privilegio para Castilla en 1587, para el reino de Aragón en 1589 y para Indias en el siguiente. Comenzó reimprimiendo *El caballero determinado* de Olivier de la Marche, traducido con variantes y una adición de 107 quintillas por D. Hernando de Acuña, si bien como se deduce de la correspondencia de Guillermo Van-Male, publicada por la Sociedad de bibliófilos belgas, no hizo más que poner en metros la versión en prosa debida á Carlos V.

921.—En el año 1591 salieron á luz las *Varias poesías compuestas por Don Hernando de Acuña*, recogidas y puestas en orden por D.^a Juana en *vista de los borradores de su marido*, y las dedicó al Príncipe D. Felipe, más tarde Felipe III; este es el único escrito que de ella conocemos.

Cnf. *Varias poesías compuestas por Don Hernando de Acuña. Dirigidas al Príncipe Don Felipe N. S.*—En Madrid, en casa de P. Madrigal. 1591.

4.^o, 204 hojas.

ZÚÑIGA Y ALARCÓN (D.^a BEATRIZ DE).

922.—Soneto en elogio de Gonzalo de Céspedes y Meneses:

Para tal laberinto tal Teseo
espera el mundo, Céspedes gallardo...

Poema trágico del Español Gerardo, y desengaño del amor lascivo. Por Don Gonzalo de Céspedes y Meneses.—En Madrid, por Luis Sánchez. Año 1615.

Reproducido en la edición de Lisboa, 1625 y en la *Biblioteca de Autores españoles*, tomo XVIII, pág. 118.

ZURITA MARTÉL (D.^a MARIA).

923.—Carta á su primo Joaquín de Peña en que refiere la muerte dada en el río Apeña, por los *Cocamas*, al P. Francisco de Figueroa.

Jaén de Bracamoros, 14 de Abril de 1670.

Publicada en parte por D. Marcos Jiménez de la Espada como apéndice á las *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, obra del P. Pablo Maroni. *Boletín de la Sociedad Geografica de Madrid*. Tomo XXXII, págs. 116 y 117.

El ms. de donde la copió el Sr. Jiménez de la Espada se halla en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. *Papeles de jesuitas*; legajo 251.